

TOBIAS ROSENBERG

EL TRANSPLANTE

TUCUMAN

1947

\$ 3.00 M/ARG.

EL TRASPLANTE

TOBIAS ROSENBERG

OTRAS PUBLICACIONES DEL AUTOR:

Palo i'chalchal. — Supersticiones, leyendas y costumbres del Tucumán. — Obra premiada en la Selección de Escritores Tucumanos realizada por la Sociedad Sarmiento. — Ediciones de la Sociedad Sarmiento. — 1936. — Agotada.

Relatos de la montaña. — Prosa inédita. — Premio "La Gaceta" en el Primer Concurso de Literatura realizado por la Comisión Provincial de Bellas Artes. — Tucumán.

Curiosos Aspectos de la Terapéutica Calchaquí. — Ediciones "La General Impresora". — Tucumán, 1939. — Agotado.

El Alma de la Montaña. — Folklore del Aconquija. — Ediciones de la "Biblioteca Tucumana de Folklore". — Tucumán, 1943.

La serpiente en la Terapéutica aborigen y popular americana — Trabajo aprobado por las Primeras Jornadas Argentinas de Historia de la Medicina de la Facultad de Ciencias Médicas de Buenos Aires y leído en la 4^a Sesión. — 1943.

La Serpiente en la medicina y en el folklore. — Ediciones del Tridente. — Buenos Aires, 1946.

EL TRANSPLANTE

CONTRIBUCION AL ESTUDIO DEL
FOLKLORE MEDICO AMERICANO.

TUCUMAN

1947

Transplantar una enfermedad, dar o arrojar el mal, transferirlo a persona o cosa, es una “técnica” médica folklórica basada en concepciones psicológicas primitivas y pertenece a esa clase de magia que Sir James G. Frazer en su notable obra “The Golden Bough” denomina “CONTAGIOSA” y que, por desgracia, pese a sus numerosas manifestaciones en nuestro medio, aún no ha sido estudiada por nuestros especialistas.

Contribuimos a estos estudios, que juzgamos iniciales —y en consecuencia con muchas fallas— presentando casos, reuniendo material comparativo y dando a conocer una que otra interpretación personal.

LIBRO DE EDICION ARGENTINA
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723 — Copyright by 1947.
Librería y Editorial “Cervantes”, Tucumán
Impreso en la Argentina — Printed in Argentine

Transplantar o transferir una enfermedad, ya sea humana o de animal, a una planta, a una piedra, a un objeto inanimado cualquiera, a otro ser humano u animal, pese a su difusión en nuestro ambiente cerril y campesino, no es un procedimiento terapéutico exclusivo de nuestra hechicería, o, por mejor decir, de nuestra medicina mágica popular.

Conocida la "cura" —cabe aquí el término "técnica" pues resume todas las características de tal— desde épocas remotas por los pueblos de la India, del Egipto y de Grecia, fueron varios los autores, entre ellos Plutarco y Plinio, quienes, con la seriedad que involucraban sus propios nombres, se ocuparon de ésta, para nosotros, curiosa manifestación médica primitiva.

Por referencia de los mismos, sabemos de un pájaro llamado "Galgulus" que mirado fijamente por un enfermo de ictericia, terminaba por alzar vuelo llevándose la enfermedad.

Por otra parte, tanto el autor de las "Vidas Paralelas" como Plinio, cerebros cuya maravillosa lucidez celebramos aún en la actualidad, recomendaban colocar un pato vivo sobre el vientre de un enfermo para que así el palmípedo, verdadero chivo emisario, se hiciera cargo del mal. Certo es que ellos vieron cuando aún la medicina estaba en sus albores y apenas si se resumía a algunas fórmulas empíricas y a complejas concepciones heredades de sus antepasados pero, ante ello, no debe asombrarnos, ni menos causarnos risa, cuando el paisano noruego asegura que nada hay mejor que tomar una gallina negra, "abrirla en dos" y colocarla, sangrante aún, sobre la cabeza de quien sufrecefalalgias continuas, en la convicción de que el mal será "absorbido" por el animal ya muerto. En esto, como en muchas otras cosas priman prelogismos propios de la mentalidad primitiva y que iremos enumerando a través de este ensayo.

En los archivos de cierto municipio francés, se halló un manuscrito fechado en la primera década de la segunda mitad del siglo XVIII y que llevaba por sugestivo título: "Secreto magnético para curar por transplantación". Le seguía un rumbo subtítulo y demás está decir los procedimientos que se aconsejaban para los distintos casos a tratar, pero lo curioso de todo esto es que dicho manuscrito se atribuye a un canónigo regular de la Orden de San Agustín, en una época muy posterior a la que la Iglesia comenzó a perseguir estas "prácticas

EL TRANSPLANTE

viciosas". (1)

En la misma tierra, casi dos siglos antes, Pedro Corneille, el insigne poeta y padre de la tragedia francesa se reía socarronamente del procedimiento terapéutico que entramos a estudiar y, queriéndolo o no, en su obra "Le fille Médecin", desgraciadamente no de las más conocidas, a través de una oda llena de intención satírica, nos daba a conocer la "fórmula" que aún hoy emplean los curanderos de América para lo que ellos llaman el "verdadero y único transplante".

Decía el vate ilustre:

¡"Seguro!... si Usted duda
que un enfermo tenga fiebre que me den en manos de sus
uñas limaduras, de sus cabellos, de pronto
poniéndolos en un árbol con ciertas mezclas
mi mixtura producirá prodigios extraños;
y por un cambio que se admirará

el hombre perderá la fiebre, y el árbol la tomará." (2)

Famosa es la gruta de Bracciano, en el Departamento de Roma, poblada de serpientes. Varios autores, y de no poca au-

(1) Se trata del Municipio de La Carneille, Departamento de Orne. Se atribuye el manuscrito a Don Nicolás. Enrique Poret de Beis-André, prior cura de San Pierre y Saint Etienne de La Carneille.

(2) En la imposibilidad de conseguir una versión francesa de la obra de Corneille, la presente traducción ha sido tomada del libro del Dr. Mario Devene: "La curación sin drogas". Editorial Kier. Pág. 420. Buenos Aires, 1944. Es de señalar la notable similitud de esta "cura" con las descriptas en mis libros "Curiosos aspectos de la Terapéutica Calchaquí", Pág. 50 y siguientes. Tucumán, 1939 y "El Alma de la Montaña", Pág. 47 y siguientes. Tucumán, 1943.

T O B I A S R O S E N B E R G

toridad por cierto, refieren que los enfermos del "mal de San Lázaro", adormecidos con opio, que ya por entonces se conocía, eran desnudados y transportados al interior de la gruta, donde los reptiles en escalofriante desfile, se arrastraban sobre sus cuerpos, hasta cicatrizar las llagas leprósicas, desarraigando así la terrible enfermedad que era adquirida por las sierpes. Si espeluznante, de haber existido, era el procedimiento, ya no deja de ser interesante destacar aquí, como lo hemos hecho ya con anterioridad en otro trabajo (3) que al presente se han adelantados los estudios en torno al veneno de determinadas serpientes para curar la lepra. ¿Acaso el empirismo primitivo, ya no puramente mágico, frente al científico de nuestros días?...

Siempre hemos reído de nuestros paisanos al saber que muchos de ellos compartían tranquilamente el lecho, su colchón de chala más bien, con un "perro pila" para combatir los dolorosos efectos del reumatismo o de la gota. El procedimiento tampoco es nuevo y define una de las formas más simples del "trasplante". Mediante tan sencilla acción, el perro adquiere el mal y el "remedio" era ya conocido por los antiguos europeos, muchos de los cuales lo empleaban no sólo para curar las enfermedades señaladas, sino también para combatir las fiebres malignas, los cólicos y hasta el dolor de muelas. Todo consistía en colocar sobre las partes afectadas al pobre can. Entre nosotros, en lo que atañe al dolor de muelas, el sapo sustituyó al perro, más de todo esto hablaremos al referirnos al despreciado batracio dentro de las concepciones médicas pri-

(3) Ver "La Serpiente en la Medicina y el Folklore". Ediciones del Tridente. Buenos Aires, 1946.

E L T R A N S P L A N T E

mitivas y populares (4). Involucraremos entonces en forma amplia a la "culebrilla" o "Mal de San Antón" y estaremos así en presencia no sólo de un método curativo extraño, sino también frente a un mal, herpes soster, cuyo presunto origen y su posterior desarrollo puede servir de punto de partida para un meditado estudio sobre la materia. También en esa oportunidad hablaremos de la forma en que se vale el nativo para eliminar el bocio, aún a costa de la vida del batracio y dentro siempre de esa tendencia al "trasplante" que es la que venimos estudiando. Digamos por ahora, eso sí, que todos estos procedimientos son comunes entre las clases populares de América y es así como Rigoberto Paredes, al ocuparse de la medicina popular de Bolivia, dice: "La erisipela acostumbran curar, rozando una y otra vez, con la barriga de los sapos las placas erisipelatosas; con cuyo procedimiento, quedan contagiados estos batracios y mueren a las pocas horas y dejan, en cambio, sano al enfermo" (5).

Volviendo al perro, no queremos dejar de anotar una curiosa forma de curar la tos. El individuo enfermo, con un pionín cualquiera, preferiblemente de color rojo, se toma la "medida" del cuello y luego hace, de iguales dimensiones un "collar de marlos" que ata al cuello del animal, traspasándole así la enfermedad. Y apuntemos otra más: Para curar a un niño nervioso, hay quienes suministran al pequeño un pedazo de pan lamido por un perro, cuyo buen carácter, con respecto al amo es proverbial.

(4) Cuanto se anticipa constituye el Capítulo titulado "El sapo dentro de la medicina aborigen y popular americana" de un libro en preparación titulado: "Medicina Popular Americana".

(5) Rigoberto Paredes: "Mitos, supersticiones y supervivencias popu-

T O B I A S R O S E N B E R G

Hemos enumerado hasta aquí solo algunas formas sencillas de "trasplante" y en lo que atañe exclusivamente al hombre enfermo con relación o frente al animal sano. La transmisión de la enfermedad, en todos los casos, ha sido por simple contacto, pero tampoco es ajeno a la "técnica" el contagio indirecto o sea motivado por el sólo hecho de haber tocado un efecto o cosa perteneciente a un enfermo. Así por ejemplo, un perro lame los esputos sanguinolentos de un tuberculoso encontrados al azar, y, si adquiere el mal, el ser humano enfermo empieza a experimentar una mejoría que con el correr del tiempo se traduce en cura completa. En Europa no era un secreto el curar la gota aplicando a las partes infectadas un trozo de carne de buey humedecida en vino que, al entrar en descomposición, era arrojado a un perro que adquiría así la enfermedad, y Gaspar Bartholin, el célebre médico danés que floreció en las prostimerías del siglo XVI y hasta el primer cuarto del siglo XVII, aseguraba haber visto curar a un enfermo de "fiebre cuarta" colocándose un pan debajo de las axilas y dándolo luego de comer a un perro que enfermó pues el pan se hallaba embebido de sudor infecto⁽⁶⁾.

Dentro de la medicina aborigen y popular peruana, encontramos singulares formas de "transplante". A propósito de algunas de ellas, el Dr. Ramón Pardal⁽⁷⁾, estudiioso de estos problemas, dice:

"Un procedimiento de magia muy difundido con fines de

lares de Bolivia". Arnó Hnos. La Paz, Bolivia, 1920. Cap. VIII. Página 249.

(6) Mario Devezé: Op. cit. Pág. 416.

(7) Autor citado: "Medicina aborigen americana". Humanior. Biblioteca del Americanista Moderno. Buenos Aires. Pág. 153.

E L T R A N S P L A N T E

pronóstico, diagnóstico y terapéutica, ha sido referido por varios cronistas con el nombre de LIMPIA DEL CUI. Consistía en frotar un cobayo o conejillo de Indias, generalmente de color negro, sobre la superficie del cuerpo del enfermo, con tal arte, que por presión disimulada de la mano del oficiante, el conejillo moría al llegar a un determinado órgano, llevándose así la enfermedad del paciente. Se abría el animal y se deducía por el órgano que presentaba manchas equimóticas o alteraciones viscerales, el órgano similar del enfermo donde residía la enfermedad. El pronóstico se establecía por la posición o actitud del corazón u otras vísceras, o por su aspecto y color".

Y continúa el citado autor:

"Este procedimiento se usa todavía en algunas regiones, como el Departamento de Lambayeque, y se lo designa con el nombre de HUYHUACHU".

El Dr. Hans Dietschy, auxiliar del Museo de Etnografía de Basilea y de quien suponemos el Dr. Pardal ha tomado la cita, en su trabajo titulado: "La Medicina en el Perú de antaño", refiere idéntico procedimiento. (8) Por su parte Paredes destaca lo siguiente: "También suelen pasar (se refiere a las clases inferiores de Bolivia) por el cuerpo de los enfermos, yerbas, maíz, cuys y junto con la ropa que le sacan, hacen un atado, llevarlo al camino próximo y abandonarlo allí, para que el mal siga su terrible y lúgubre viaje, empujado por el viento

(8) El trabajo en cuestión, que hemos tenido oportunidad de leer hace algunos años en la Revista "Actas Ciba" figura ahora como apéndice del libro de Luis Angel Rodríguez: "La ciencia médica de los aztecas", de donde sacamos la cita. Edit. Hispano-mexicana. México, 1944.

TOBIAS ROSENBERG

o conducido por los incautos viajeros que se apropián del atado. A este procedimiento llaman PUCHAKA".⁽⁹⁾

Araucanos y Tehuelches también practicaban la cura y en lo que se refiere a los Tupis-guaraníes, llegaron a ejercerla a la inversa, es decir, del animal al hombre en vez del hombre al animal, como hemos visto hasta el presente. Ello obedecía siempre a un anhelo de venganza y su enunciación cabe más bien en lo que se conoce por maleficio o "daño" y que nosotros definimos como "medicina negativa". Bástenos por ello y a título de información, reproducir algunas líneas del Padre Lozano: "Tomaban un sapo o culebra u otra sabandija asquerosa, la cual el hechicero, ataba al pie de un árbol, donde con la falta de alimentos desfallecía, iba perdiendo las fuerzas y moría, y al mismo paso y con las mismas pausas iba sintiendo estos efectos y acabándose con excesivos dolores, la persona hechizada".⁽¹⁰⁾

Si no hubiéramos podido echar mano a la cita que anotamos, habríanos bastado recordar que en todo el Norte Argentino es común, aún en la actualidad, recurrir al batracio para poner en práctica toda suerte de hechicería. Si se quiere matar a una persona de un ataque al corazón, basta atravesar con un espino la víscera de la pobre bestezuela. Y no digamos nada de los muñecos y las figurillas de trapo, de barro y de cera, tan viejos como el mundo, o de las fotografías atravesadas por alfileres o cubiertas con "tierra de cementerio", ya que si bien fundamentada en idéntica concepción,

(9) Rigoberto Paredes: Op. cit. pág. 245.

(10) Pedro Lozano S. J.: Descripción corográfica del Gran Chaco Guaramba, etc. Edición de la Universidad Nacional de Tucumán. 1941.

EL TRANSPLANTE

ción a la del "transplante", llevan en sí una finalidad distinta. El "transplante" como procedimiento médico busca de curar. Esa es su única y exclusiva razón de ser. En los otros casos se busca de matar o, cuando menos, causar el mayor daño posible. En el primero de los casos es medicina pura. En el segundo escapa a esa órbita para internarse, como hemos visto, en los intrincados meandros de la hechicería. Deja de ser "magia contagiosa" de finalidad terapéutica para convertirse en lo que se conoce por "magia negra" o demoniaca.

Para la mentalidad primitiva, y esto se ha dicho de ha mucho, no hay seres inanimados. Todo lo que "es" tiene vida aunque no la exteriorice o manifieste. A cada cosa hay consustanciada un alma y es al "alma de las cosas" a las que recurren apenas tiene la intuición o conciencia de su debilidad. Enfermo, ansía sentirse sano, e impotente de hallar en sí mismo los recursos que la naturaleza le ha dotado, se refugia en todo lo que en torno encuentra, pensando así librarse de la causa, casi siempre externa, que ha producido el mal. Levy Bruhl, en su "La mentalidad primitiva"⁽¹¹⁾ nos presenta casos interesantísimos que nosotros hemos podido verificar en las capas inferiores de nuestra población campesina, y si a través de dicho autor comprendemos porque se "castiga" a una piedra o a un objeto cualquiera, nos explicamos también porque se la venera. Hay en todo esto mucho del humano egoísmo. El aborigen, hombre al fin, a igual que aquel de la fábula, en su desesperación de enfermo, muchas veces reclama la presencia de la muerte como un medio de

(11) Editorial Lautaro. Buenos Aires, 1945.

liberación pero cuando esta asoma, apenas si atina a pedirle un remedio...

Sin intención perversa, las más de las veces, valiéndose de rodeos y circunloquios, nuestro nativo llega a las cosas inanidadas que le son familiares y con respetuoso temor por "lo que hay dentro", por eso que él no ve pero de cuya existencia no le cabe la menor dura, ofrece sus "males menores" (12) no sólo a las piedras del camino, sino también a los utensilios que contribuyen a hacer menos pesada su labor del día. Es lo que llama "dar el mal" pero si nos adentramos en su prelogismo, donde priman los conceptos enunciados líneas arriba y consideramos a esos cosas como entes con vida, como seres dotadas de un alma de realidad casi tangible, tendremos frente a nosotros una nueva forma de "transplante" o "transferencia".

Los antiguos médicos europeos, Bartholin entre ellos, sostenían que la "cura por transplantación" era un método natural, ajeno a toda superstición, ya que quienes la practicaban no recurrián a ceremonia alguna, no empleaban signos, ni palabras ni conjuros. Juzgamos ese un concepto propio de la época. Desconocida aún la ciencia antropológica y todas las ramas que de ella han derivado, es elemental el pensar que ninguno de los médicos o teorizadores de ese momento social, se han detenido en el estudio de la práctica para llegar hasta sus orígenes y filiarlo dentro de un determinado ciclo cultural. Toca esta labor, aún en la actualidad, a los etnógrafos y ellos sabrán decirnos no sólo las modalidades de quienes lo practicaron sino también el área de dispersión alcanzada a través de

(12) El hombre de nuestros campos denomina así a las afecciones no graves.

EL TRANSPLANTE

los distintos pueblos del orbe. Lo cierto es que, contra lo que señala la antigua ciencia, aquí las cosas cambian: hay lo que podría llamarse el rito mágico; existe elconjuro o la frase ceremonial si por tal puede definirse una fórmula que nunca se altera. En realidad, cuanto se denomina "dar el mal", resulta de difícil ubicación dentro de un cuadro sistemático. Podría englobárselo en la "cura por palabras"; en las "curas mágicas" extictamente dicho, pero, si consideramos que el sistema se hace extensivo, ya con intención perversa, de un individuo a otro, creemos no estar del todo errados al indizarlo dentro de la manifestación médica popular que estamos estudiando.

La cura del orzuelo y de las verrugas (testes) en esta ocasión nos servirá de valiosa guía.

Veamos como la practican, aún en el presente, los pobladores de nuestros cerros.

El enfermo, muy de mañana, —condición indispensable— se llega ante un mortero y, entre humilde y salamero, lo reverencia con las siguientes palabras:

—Buenos días "señor" (aquí el calificativo tiene una evidente tendencia a mostrar que va dirigido a un ente con vida) mortero. ¿Cómo ha amanecido "Señor mortero?"...

Por tres veces —otra condición "sine qua non"— da vuelta en torno al utensilio destinado a majar su maíz, a moler su trigo o su algarroba y, al final de cada una de ellas repite el saludo ceremonial. Cuando se ha terminado de "saludar al mortero", aún sin expresar nada con respecto al mal, aunque si llevando ínteriormente el deseo de hacerlo, deseo que por este solo hecho tiene potencia de realidad vital, la operación ha concluido y el orzuelo del ojo enfermo pasa al rústico instru-

mento de piedra o de madera. El "transplante" se ha efectuado con la sencillez de una cosa intrascendente pero que encierra en esa misma sencillez a toda la grandeza de ciertas concepciones que nuestra mentalidad evolucionada no alcanza a comprender de buenas a primeras.

En oportunidades, cuando prima el apuro, el ritual aún se simplifica. Frente siempre al utensilio familiar de nuestros ranchos, el enfermo, casi indiferente y dando la sensación de hacerlo "como de pasada", dice:

— "Señor Mortero, aquí te traigo mi orzuelo" y... asunto concluido.

El "trasplante" o "transferencia" (usamos a veces esta última denominación, un tanto personal si se quiere, para desviar a la cura de su carácter específicamente botánico, que por cierto lo tiene en sus expresiones más puras) de un individuo a otro, encierra siempre, inconscientemente a veces, una finalidad malévolas, justificada, eso sí, por el eterno egoísmo del cual creemos ya haber hablado.

En el caso del orzuelo, la práctica se reduce a lo siguiente: El enfermo, frente a un individuo cualquiera, pregunta a boca de jarro y en un solo acto respiratorio:

— Aquí te traigo una cosa ¿la "querés"?...

La respuesta, fruto de la falta de prevención, es inmediata e involucra otra pregunta que de por sí tiene el valor de una afirmación:

— ¿Qué?...

Inhalando las palabras y siempre respondiendo a ese "todo unitario" que debe primar en la práctica, el enfermo insiste: "el orzuelo".

También en esta circunstancia y a través de la forma expuesta, la cura por "transferencia" se ha efectuado.

Hemos señalado en la práctica anterior un acto mágico que indiscutiblemente tiene capital importancia en todas las manifestaciones de esta índole, aunque muchas veces pase desapercibido el análisis de los estudiosos. Nos referimos al acto respiratorio y al "todo unitario" que debe existir al pronunciar las frases. Interrumpirla o quebrarla en la mitad, malogra la cura por esta sola razón y es lo que Heinz Werner, en su "Psicología evolutiva" llama la "ley de la plenitud" y estudia en forma acabada en el capítulo que dedica a los "Campos mágicos de la realidad y modos de comportamiento". (13)

Pero así como "se da" la enfermedad, también se la tira. "Arrojar el mal" no es, sin embargo, más que otra forma de "transplante".

Conocida la práctica desde los días remotos que precedieron al incanato, se extendió por todo el Ande y Bertonio, refiriéndose a los peruanos, dice a propósito de lo que se mentaba bajo el nombre de ISI TAPINITA (consistía) "...en dejar en el camino la ropa de algún enfermo, para que se lleva la enfermedad el que se la llevare".

A Polo de Oridergardo tampoco escapó esta práctica y en uno de sus trabajos consigna que "en los llanos usan los Indios estando enfermos poner en los caminos sus vestidos para que lleven los caminantes su enfermedad, o los ayres purifiquen sus ropas. También ay esta costumbre en algunas partes de los serranos".

De como esta terapéutica sobrevivió al tiempo para llegar

(13) Op. cit. pág. 344. Edición Salvat. Barcelona 1936.

hasta los peruanos actuales y quizá a través de ellos hasta los hombres del Tucumán, nos lo informan Valdizán y Maldonado cuando dicen que "en el departamento de Puno para desterrar una enfermedad, se fricciona el cuerpo de un enfermo con pan, queso, bizcochos, chancaca, etc. y de todos estos comestibles se hace un paquete que se arroja a un camino. Se cree que el transeunte que come tales cosas será víctima de la enfermedad, la cual dejará libre al primitivo enfermo". (14)

Entre nosotros, como lo señalamos, no es extraña idéntica operación, aún dentro de ciertas capas urbanas de la población, y a ello obedece la aprensión común de tomar cualquier alimento que se encuentre en la calle, en los umbrales de puertas y ventanas, así se halle higiénica y convenientemente envuelto o envasado. Siempre existe el temor instintivo al "daño" o al hechizo. Cuando se trata de frutas, ese miedo casi ancestral aún se agudiza y es que, a decir de las gentes, la fruta "se presta", sobre todo "si se trata de brevas que se agusan pronto". Por otra parte son comunes las fricciones con queso que se arroja luego, especialmente en los casos de viruelas y el uso del pan que después de pasado por un cuerpo enfermo, en los casos de llagas purulentas, se acostumbra darlo a un perro para que lo lama en la convicción de que la pobre bestia se atraerá la enfermedad.

En las "ceremonias de purificación", no es tampoco ajena esta práctica. Conocemos por algunos Cronistas como nuestras tribus aborígenes, los hechiceros especialmente, arrojaban sus flechas al aire para correr a los malos espíritus portadores de la peste y como no se daban por satisfechos en su imaginaria

(14) Autores citados: "La medicina popular Peruana". Lima. Perú, 1922.

EL TRANSPLANTE

persecución, hasta tener la seguridad de haberlos arrojado de sus dominios, casi siempre en las proximidades de un lugar poblado por alguna nación o parcialidad enemiga. Certo es que se trata de los "espíritus malignos" y no de la enfermedad, pero Rigoberto Paredes, al referirse a los naturales de Bolivia, en su obra ya citada, dice:

"Cuando se presenta una epidemia, los indios de la circunscripción afligida por ella, tratan de hacer que el mal los abandone por medio de la práctica llamada LUMPAKA, que quiere decir purificar, porque suponen que con este procedimiento supersticioso, la enfermedad se marchará y quedará la comarca libre de sus perniciosos efectos. Reunidos el Yatari (15) y sus ayudantes en casa de un enfermo o persona que ha fallecido y después de los acullicos (masticación de la coca) y libaciones, llevadas a efecto, en medio de invocaciones a sus divinidades y súplicas a la enfermedad, friccionan el cuerpo del enfermo con fetos de ovejas o chanchos y algunas medicinas caseras. Luego envuelven todo esto en TARIS nuevos o sean pequeños lienzos en forma de servilletas, agregando a los atados CAITOS y lanas de colores, coca y otros objetos semejantes en los que incluyen la ropa del enfermo, varias prendas nuevas, algunos comestibles, como carne de cordero, panes, tostado, pastillas, confites, huevos dorados con pan de oro y plata, colocándolos por orden de colores y en filas apuñadas. Acompañan también a los bultos monedas antiguas, que ponen en partes visibles, pendientes de hilos y junto a banderillas de colores vistosos y de botellitas de licor o bolsitas. El cargamento acondicionado y distribuído en varios bultos, constituye el equipa-

(15) Hechicero o médico.

je de la enfermedad, a la que no cesan de rogarle que se vaya, y a fin de que se retire contenta, van conduciendo todo aquello hasta el lindero próximo, donde descargan y le imploran que no vuelva más, invocando la intervención de HUASAMALLCU, para que la obligue a irse. Sobre la carga ponen un rótulo en aymara, respecto a la dirección que debe seguir. Los mandones de la comarca vecina están obligados a hacer pasar el cargamento, con iguales formalidades hasta el lindero opuesto, para que siga su viaje y pare donde le plazca hacerlo, so pena de ser castigado, por la epidemia si así no lo hacen. Vuelven los conductores corriendo después de descargar el cargamento y de implorar por última vez a la epidemia, que no aflija más a la estancia y se contente con las víctimas que ha causado, y al siguiente día, hacen una fiesta suponiendo que la epidemia se ha ausentado para siempre".

"Otras veces, un miembro de la familia, o el brujo, recoge las cosas del finado o sólo las prendas de vestir con las que ha enfermado y las coloca amontonadas sobre el camino, cubierto con un lienzo colorado o azul, en cuyas extremidades ponen banderitas de papel vistosas o lanas de color, y debajo un conejo muerto. Generalmente el conejo es dedicado al enemigo, y por ese medio suponen enviarle el mal. Esta LUMPAKA individual no tiene la resonancia de la anterior, ni se realiza con las solemnidades y aparatos empleados en aquella; pero suponen que sus efectos son los mismos, aunque en escala reducida". (16)

Si larga es la cita, su interés la justifica si tenemos en cuenta que entre pueblos separados por miles de kilómetros se

(16) Op. cit. pág. 245 y siguientes.

efectúan ceremonias análogas, que prueban la universalidad de ciertas creencias primitivas y por cierto, no las menos. Krank Hurlay en su libro "*Entre los caníbales y cazadores de cabezas de Nueva Guinea*" (17) cuenta como los aborígenes de esas latitudes acostumbran refregar a un enfermo con un cerdo al que se suelta luego en medio de feroz alardos. El animal huéy desesperado ante tal algazara y no se detiene hasta que en uno de esos caminos de Dios es apresado por un indígena que sin saberlo, recoge así también la enfermedad. Pero esto que parece propio de pueblos elementales, lo encontramos también, en la actualidad, ya como manifestación formal religiosa, dentro de grupos humanos considerados de cultura tradicional, dando a esta última acepción no un significado folklórico sino de larga trayectoria histórica, a través de la cual han sabido dar a sus congéneres expresiones acabadas de comprensión a los problemas del hombre frente a la vida. Tal el caso, por ejemplo, de los judíos; le debemos la concepción del Dios único; se ha dicho de su Folklore que es pobre porque aferrados a la idea de Jehová, no aceptaron nada que pudiera menoscabar la esencia y potencia de esa divinidad. Pero si rastreamos en muchas de sus ceremonias religiosas, quizás incorporadas en los miembros de Diáspora, nos encontramos con verdaderos "hechos folklóricos" que ponen en evidencia como ningún pueblo puede sustraerse a los mismos. Uno de esos tantos "hechos folklóricos", lo encontramos en la "KAPURAH", verdadera forma de "transplante" que año tras año renueva el pueblo de Dios en la víspera de una de sus festividades más puras, quizás sin comprender el alcance de esta práctica. La "Kapurah" o "Kappa-

(17) Op. cit. Ediciones Populares Iberia. Barcelona-Madrid.

"roth", consiste en ofrecer, como víctimas propiciatorias, en sacrificio expiatorio, un gallo por cada miembro varón de la familia y una gallina por cada mujer. Este acto se efectúa la víspera del día de la Expiación y consiste la ceremonia en agitar sobre las cabezas de las personas a las aves que, después de tres vueltas, son sacrificadas. Durante cada una de estas vueltas se repite con carácter de plegaria: "Esta ave es un sacrificio en mi lugar". Terminada esta práctica, que para nada se menciona en los libros sagrados de los hebreos, y muertas las aves, las mismas son repartidas entre los pobres, que saben aprovechar el gratuito festín. El "Chivo emisario" también cargaba con las culpas de toda la grey judía y existe entre este pueblo otra manifestación parecida consistente en tomar cestos que pasados siete veces por la cabeza de un niño, son arrojados luego a un río, para que se lleve las culpas del pequeño. A propósito de lo enunciado, encontramos en el libro de Angelo S. Rappoport: "El Folklore de los judíos" una transcripción que hacemos nuestra. Se refiere a la costumbre llamada TASCLIJ y dice lo siguiente: "He encontrado en las RESPONSA de los Gaonim —escribía Raschi— que se practicaba la costumbre de tejer cestos con las ramas de la palmera, llenarlos con tierra y estiércol y, tres semanas o quince días antes de Año Nuevo, distribuirlos entre los niños, que en ellos siembran verduras de rápido crecimiento, como alubias y guisantes. En la víspera de Año Nuevo, cada niño toma su cesto, lo agita siete veces sobre la cabeza, diciendo: "Que esto sea en mi lugar", y lo arroja a un río". (pág. 121).

Si lo que antecede no destruye el concepto de la pobreza

del Folklore judío, sirva una cita del mismo autor, referente al asunto que estamos estudiando para mostrar que dicho folklore presenta idéntica variedad que el de los demás pueblos del mundo. Dice Rappoport: "La creencia en la transferencia de las enfermedades se ilustra en este remedio que se dice eficaz contra la fiebre: colocar antes del alba una moneda en la orilla del río y dejar que el agua se lleve la enfermedad". (pág. 111).

Pero retomemos el hilo de lo nuestro. Es sin embargo en la cura de las verrugas donde tenemos la exteriorización más acabada de cuanto es esto de "arrojar el mal". En nuestro libro "Curiosos aspectos de la terapéutica Calchaquí" (18) ya tocamos el punto y a propósito del mismo dijimos: "...consiste en tomar tantos maíces o granos de sal como Testes se tenga y pasar, cada uno de ellos, en forma de cruz, por cada una de las verrugas. Cumplida esta primera parte de la operación, debe hacerse un paquete con los maíces o con la sal para arrojarlos luego hacia atrás, teniendo la precaución de no dar vuelta la cabeza".

"La cura —dicen aún hoy nuestras curanderas— se efectúa en forma rápida, máxime si el paquete ha sido recogido por alguna persona desprevenida que adquiere en esta forma el mal".

Demás está decir que la manifestación terapéutica en cuestión ofrece mil variaciones que no modifican, empero, su esencia. Así, debe buscarse siempre un camino transitado, la entrada de un monte, etc., para efectuarlo. A veces es propicia la noche de luna llena, otras de cuarto menguante, hay quienes prefieren un cielo estrellado y no es tampoco desprecia-

(18) Op. cit. página 69.

ble un día de tormenta. En el último de los casos, los testes se "arrojan" al azar mediante una práctica mágica consistente en tomar un cuchillo, preferentemente con mango de plata, y cada vez que alumbría un rayo, dar la sensación de cortar la verruga, repitiendo en cada operación, la frase que hizo célebre a aquel general francés de las campañas napoleónicas.

Y así llegamos al transplante en el que entra a actuar el reino vegetal. Señalamos la necesidad de un paréntesis previo a la cuestión de fondo, dada la importancia que el tema tiene para nosotros, ya que por sí solo justifica la razón del presente ensayo.

Hemos visto en qué consiste la extraordinaria cura y preguntemosnos ahora en qué se funda. Sabemos ya de su prestigio no sólo entre pueblos primitivos, sino en la antiguedad y veamos cuanto decía a propósito de la misma Christiam Froomont, teólogo fallecido en 1653 y profesor de Santa Escritura en Lovaina. Manifestaba haber estudiado a fondo todo cuanto se dijo en pro y contra de la transplantación y llegaba a la conclusión de que esta práctica no consistía más "que en sacar a la naturaleza lo que se puede transplantar al demonio".

Menos dogmáticos, nosotros quizá podamos decir con mayor razón que tan curiosa terapéutica tiene por base una de las concepciones médicas primitivas más antiguas y que sigue primando casi por fuerza de ley dentro de ciertas capas populares, como un sustratum cultural de imposible desarraigo. Nos referimos a la teoría del "cuerpo extraño" como causante de la enfermedad y que, pese a los siglos, domina entre quienes no han podido colocarse a tono con la etapa de civilización que estamos viviendo, o han preferido seguir en el aislamiento có-

modo y libre de preocupaciones que nos depara el presente. La transplantación sería así la resultante de una lógica simplista. La enfermedad es producida por un "cuerpo extraño" que a despecho de la misma, se introduce en una persona cualquiera para causarle un "mal" determinado. Todo consiste, en consecuencia, en sacar o alejar a ese visitante oficioso y dañino y la práctica que estamos estudiando, no es sino una más de las tantas que conoció el mundo primitivo y que llegaron hasta nosotros a través de sobrevivencias que aun perduran. La oración, el baile, el conjuro, el exorcismo frente al enfermo, no han tenido tampoco otra finalidad.

Pero volvamos a la urdimbre para poder seguir tejiendo en el maravilloso telar de las creencias populares.

El culto al árbol es tan remoto como el tiempo. Posiblemente con el culto a la serpiente sean las dos manifestaciones religiosas elementales del alma primitiva. El hombre reverenció al árbol a través de todas las edades y es que desde un principio tuvo la sensación exacta de cuanto para él significaba. En el árbol no sólo halló la sombra para mitigar su cansancio; encontró en él al amigo que le brindaba alimento para saciar su hambre, agua para calmar su sed y cuando después de sus primeros balbuceos por un mundo en que todo le era extraño, supo arrancarle algunos secretos, halló en la planta remedios para sus males. Cuando el hombre abandonó la caverna fué el árbol quien le brindó su cuerpo para que construyera su vivienda. Ciento es que en su etapa de recolector y cazador nómade, fueron las grutas y las mismas pieles de sus víctimas las que le sirvieron para preservarse de la lluvia y del viento pero, ya entonces vió crecer erguido al árbol en medio del desierto e, incapaz de comprender el milagro

de su advenimiento, sólo atinó a rendirle culto. Su interior debía estar poblado por espíritus, buenos o malos, y a ellos había que halagar. La fitolatría se extendió así por el mundo y vanos fueron los esfuerzos en el afán de desarraigárla. Zoroastro sostenía que plantar árboles era un acto sagrado ya que Ormuzd había creado las plantas para salud de los hombres y, quiérase o no, ese concepto prima todavía y junto con él se mantienen incólumes las supersticiones que en torno a ciertas plantas se han creado y que la imaginación popular, despacio y despacio, fué revistiendo de un sutil matiz poético. ¿Quién no conoce la leyenda de la higuera?... Para algunos pueblos de Oriente, emblema de paz, prosperidad y seguridad colectiva, se pasea hoy por el campo de las creencias como ser de sino trágico. "Se ha dicho que la higuera fué el árbol de la sabiduría de cuya fruta comió Adán en el paraíso". Fué también bajo una higuera donde se ocultó el primer hombre cuando tuvo la sensación de su culpa. Judas pagó su traición colgándose en una rama de esa planta y dentro de la mitología Griega la encontramos como símbolo de fertilidad de la naturaleza; Priapo, el hijo de Dionisio y Afrodita se labraba siempre de su madera, que era también el árbol consagrado a Venus. Al margen de todo ello, pesa sobre la planta una maldición bíblica. En un momento de su vida no pudo saciar el hambre del Nazareno y, en medio de todas sus culpas, ésta sigue siendo la peor. Bajo su "mala sombra" nada crece, todo aquel que se cobija al reparo de sus ramas se ve muy pronto atacado por lo que nuestra gente de campo da en llamar el "aire" o la "flechadura" de la planta, que produce hinchazones en todo el cuerpo, especie de dermatitis, así como también el "mal de ojos" o conjuntivitis.

El nativo asegura que en las entrañas de la higuera tienen su morada legiones de espíritus y que es en ella, paradógico por cierto dada su tendencia bienhechora, donde el Llastay (¹⁹), aquél que desde toda la extensión del Ande, sobre lomos de llamas y de vicuñas transportaba sus alforjas, anudadas por serpientes, repletas de plata para el Potosí del Incanato y la Conquista; encuentra su más cómodo refugio.

Como todo hombre sin Dios, la higuera puede pasar también a engrosar las filas de Cristo. Basta con "curarla", con expulsar el "aire" que tanto daño ocasiona. Para ello apenas si se requiere un filoso cuchillo con el que se efectuará en la corteza una incisión en forma de cruz, de manera tal, que por la cesura puedan alejarse todos los espíritus del infierno, librando así a la higuera de sus fétidas emanaciones, que no otra cosa es el "aire", a decir del pueblo.

"Curada" la planta, de maligna que era, vuélvese igual que cualquiera otra. Su sombra tornase acogedora, su savia se emplea en múltiples manifestaciones de medicina popular, especialmente como galactógeno y su corteza sirve para definir uno de los procedimientos más curiosos de este género, conocido bajo el nombre de la "cura por el rastro de la higuera".

Pero no abandonemos aún el dorado campo de la leyenda. La Botánica nos enseña que lo que nosotros suponemos pequeñas brevas, constituyen en realidad las flores de la

(19) Genio protector de las aves y de las bestias de nuestra montaña. Con diversos nombres recorre toda la extensión de la masa andina y constituye una de las deidades más populares dentro de la mitología de la región.

higuera. De ello no quiere convencerse nuestro hombre de campo y cuando se le habla de esta cosas, incrédulo dobla la cabeza o sonriendo irónicamente nos cuenta la "historia verdadera" de esa flor que él no vió nunca, pero que sus antecesores le dijeron que existe y sobre cuyos milagros, más de una vez, en los "Velorios del Viernes Santo" o "locreando a un difunto" (20) escuchó relatos preñados de fantasía oriental a la vez que de cristiana unción. Claro que de la flor de la "higuera curada", pues la otra no existe y si en realidad existiera sería hasta despreciable. Porque la flor cual ellos la suponen, redimida de su antigua culpa, es la más cristiana de las flores y, única, se deja ver tan sólo la noche aquella que anuncia al mundo la muerte del Salvador. Cristo es puro y esa flor recogió toda su pureza y fué blanca y grande. Blanca como el ideal del Rabí de Galilea y grande como su destino. Pero también como el Nazareno que expiró en la cruz, la flor de la higuera lleva un sino trágico. Su misteriosa aparición en la lúgubre noche en que el mundo llora por el Hijo del Hombre, es emblema de dolor infinito, de amargura sin fin y a la vez —extraña y dulce paradoja—

(20) Consisten los "velorios del Viernes Santo" en rendir un postre homenaje al "Niño". A igual que cuando una persona muerta, se toma un crucifijo o una figura "en bulto" de Jesús y se lo vela en medio de lloros y de rezos. La ceremonia dura toda la noche. En cuanto al "locreo del difunto o finao", consiste en un banquete fúnebre que aún tiene lugar en los valles Calchaquies. Se realiza al cumplir los nueve días de la muerte de una persona y tiene lugar a altas horas de la noche. Consiste en un asado y locro que termina casi siempre en borrachera precedida por chistes de intención obscena, narraciones de leyendas y cuentos de aparecidos. En el apéndice de este volumen nos ocupamos nuevamente de esta práctica.

la anunciaciόn de la Buena Nueva: "Cristo resucitará de entre los muertos"... De ahí que la blanca flor de la higuera sea a la vez portadora de desgracias y cordial mensajera de alegrías. Todo depende, claro está que quien quiera recogerla sea un buen cristiano, cumplidor acabado de la ley de Dios y de los hombres y sepa, como tal, cumplir los ritos que la flor impone para entregarse a quien será su eterno dueño.

La flor de la higuera es pudorosa y sólo la hora avanzada y el silencio de la noche, sin más testigos que Dios, la luna y las estrellas, pueden vencer su timidez. Vírgen nubil de inoculada pureza, ella quiere brindarse al hombre del que será rendida esclava y amante esposa, en un lecho que jamás nadie haya tocado, por eso exige que se le extienda un "manto sin pecar". Cristiana como es, quiere que el Crucificado, Aquel que la maldijo y supo perdonarla, presencie su himeneo, por eso impone que cuatro velas encendidas, colocadas en forma de cruz sobre el "manto sin pecar" presidan el acto. Como se sabe hermosa, portadora de riquezas y objeto disputado por espíritus infernales, un puñal clavado en el suelo que atraviese los cuatro caballos de un juego de barajas, servirá para luchar contra todas las adversidades y simbolizará también la amorosa fuga (21).

Y el caballero de probado valor, hará una cristiana invocación a Dios; rezará un Padre Nuestro, un Ave María, un Salve y clamará dulcemente por la amada que muy lenta, casi imperceptiblemente, descenderá de lo más alto de la planta. El varón recogerá el puñal que enclavó en tierra y,

(21) Todos estos detalles hablan del origen foráneo de la leyenda.

sin vacilar, enfrentará a todos los espíritus que quieran turbar su próxima dicha. Si vence, desde ese instante será poderoso, tendrá a mano todo cuanto apetezca y sueñe, mas, si es vencido... ¡Ay!... la tierna flor que aspiró a ser dueña y cautiva a la vez de un valiente y digno caballero, sabrá cobrar su desengaño; lo perseguirá hora tras hora, día tras día y sólo la muerte —no el morir vulgar sino el irse “secando”— podrá librarlo de una eterna maldición...

La magia juega en todo esto un papel preponderante y es que la presunta “flor de la higuera” es un poderoso amuleto, que los guaraníes denominan un “payé” y lo que en nuestros cerros se conoce bajo el nombre de “illa”.

Hemos señalado a propósito de esta planta un procedimiento curativo original y ello nos llevó a algunas divagaciones tendientes a poner en evidencia, a través de la leyenda y la superstición, ese revestimiento de poesía con que todos los hombres, cualquiera sea su latitud, adornan y justifican las cosas que veneran. Ya desnudo de ese ropaje, precisemos ahora en qué consiste la cura en cuestión. Es común en el Norte Argentino y quizá en la extensión toda del país, en los recién nacidos, cierta anormalidad umbilical que trae como secuela el acrecentamiento progresivo del ombligo, que si no se ha tenido la previsión de fajarlo convenientemente, adquiere, con el correr del tiempo, las proporciones de un globo de regular tamaño con las lógicas incomodidades y peligros que ello ocasiona. Al enfermito se lo denomina “pupulo”, de la voz quíchua “pupo” que significa de “ombligo grande”. Pues bien, para que esa parte del cuerpo adquiera su forma normal, la criatura enferma debe ser llevaba hasta una “higuera curada” que pro-

EL TRANSPLANTE

duzca brevas negras, por un tío o pariente —“dueño”— (los padres no deben intervenir) de nombre Juan (22). Junto a la planta el “dueño” toma el piececillo del enfermito y colocándolo en el tronco de la higuera, “del lao del sol pá que seque pronto”, con un cuchillo o instrumento filoso, lo va diseñando en la corteza. Ahueca luego el interior del diseño y hecho esto termina lo que podría calificarse como la parte mágica de la cura. Al efectuarse la incisión también se ha efectuado el transplante. La higuera ha adquirido el mal pero a medida que la herida de la planta va curando, o más bien secando, el ombligo de la criatura enferma, tiende a disminuir para sanar luego definitivamente, evitándose así futuras molestias. A veces no se puede echar mano a dicha planta; puede darse el caso de que ella no crezca en determinado lugar. En sustitución se recurre entonces a un cactus en una de cuyas hojas se efectúa la

(22) Posiblemente esto se relacione con el culto que se profesa a San Juan Bautista, culto que se caracteriza por su afinidad con todo lo que se relaciona con la magia amorosa. A propósito de esto. R. Westermach en su “Historia del Matrimonio”, pág. 30. Edición “Americana”, Buenos Aires, trae una referencia que no podemos menos que transcribir. Dice entre otras cosas: “Escritores del siglo XVI hablan de la existencia de algunas fiestas en Rusia, en las cuales reinaba una licencia desenfrenada. Según Pánfilo, estas reuniones anuales tenían lugar al fin de Junio, la víspera de la fiesta de San Juan Bautista, que en el tiempo de los paganos era la de una divinidad conocida con el nombre de Jarilo, semejante al Priapo griego”. A nuestros estudiosos ha escapado esa preponderancia de lo fálico en el culto al Santo a que hacemos referencia, no obstante dejarse traslucir en forma evidente. San Juan Bautista crea entre nuestros nativos una serie de interdicciones sexuales, verdaderos tabúes, que se han ido graficando en expresiones tales como: “Está el San Juan por medio”, forma con la que se señala la prohibición de uniones sexuales entre compadres u otras personas allegadas por vínculos familiares indirectos y lejanos. La fiesta de San Juan, especialmente las fogatas, se ha tomado siempre entre nosotros como la sobrevivencia de algún culto solar, cuya celebración coincide con el solsticio de Junio. Si consideramos que en Europa esa es la época de la recolección de las cosechas, tampoco puede desecharse la idea de un rito agrícola. ,

incisión, pero, en tal caso, debe ser de aquellos que producen "tunas moradas". En Bolivia, si bien para una finalidad diferente, se usa un procedimiento análogo: "A la mujer que tiene quebradura o descenso de la matriz se le hace poner el pie por el que cojea sobre la corteza de higuera y cortándola conforme a su planta, se coloca esta forma en la chimenea. A medida que va secando la corteza, irá sanando la persona enferma". (23) A título comparativo señalemos que en el arenal de Lüneburg "cuando hay un niño contrahecho o afectado de una hernia, se le hace pasar silenciosamente a través de un TWELTE BÖM, que es un árbol bifurcado, en la noche de San Juan a las doce, así la enfermedad se transplanta al árbol". (24) "En Europa —dice Rappoport en el libro que ya hemos citado— existe todavía la superstición de que se pueden transferir enfermedades de seres humanos a los árboles. Se desnuda a los niños y se les hace pasar por una abertura de un árbol, para curarlas de sus enfermedades. Las ovejas enfermas eran pasadas por una horqueta de un roble joven, a fin de transferir la enfermedad al demonio del árbol". (24 bis)

Retrocedamos ahora un poco en el tiempo. Sigamos, empero, con la vieja Europa que en su bagaje de sueños, nos trajo también el encanto de sus leyendas y la gracia, a veces infantil, de sus creencias y supersticiones.

Lejos ya los días de los pueblos naturales, lejos también los de la Judea, los de la Grecia heróica y los de la Roma de los Césares, la fitolatría siguió imperando. No se trataba en-

(23) Rigoberto Paredes: Op. cit. pág. 250.

(24) M. Devezé: Op. cit. pág. 420. Nótese que la práctica se realiza también en la noche de San Juan.

(24 bis) Op. cit. Páginas 45/6. Editorial Israel. Buenos Aires 1941.

tonces de la sobrevivencia de un culto desaparecido que aún se mantenía vivo dentro de un determinado círculo cultural como acontece con todo lo que ha pasado al dominio del Folklore. Conservaba aún toda su fuerza de manifestación religiosa formal, y fué por ello, quizás, que el Concilio de Arles, en el año 452, estableció que "Si en la jurisdicción de algún obispo, los infieles encendían antorchas o rendían culto a los árboles, a las fuentes y a las piedras, si el obispo desdeña destruir esos objetos de idolatría, debe saber que es culpable de sacrilegio. Si el Señor u ordenador de esas prácticas supersticiosas no quiere corregirse, después de haber sido advertido, que sea privado de la comunión".

Siglos más tarde, el mismo Carlomagno en sus Capitulares debió referirse al tema para prohibir toda reverencia a los árboles, pero a pesar de ello, el culto a las plantas llegó hasta nuestros días y en vano hemos tratado de disimular al mismo bajo rótulos que tienden sólo a ocultar su origen primigenio. Todo país cuenta con su "árbol nacional". A éste hemos adorado siempre algún hecho histórico o sentimental para justificar nuestro respeto de hombres mentalmente evolucionados, pero ni aún así, hemos podido escapar al contenido cierto que se oculta tras este telón de fondo. Y no digamos nada de plantas mitológicas, de mandrágoras fantásticas que más de una vez nos han quitado el sueño. Sería entonces cuestión de nunca acabar...

En Europa, la encina, el abeto, el muérdago, el castaño, la higuera y el roble; para no citar más que algunas, eran plantas veneradas por diversos pueblos de ese continente, de ahí, nada extraño que Jahanne Romulus, médico famoso, tomara

TOBIAS ROSENBERG

uñas de los pies y pelos de la pierna de un gotozo y haciendo un agujero en la corteza de un castaño bien recto, hasta llegar a la médula, los depositaba en él, tapándolos con una cuña de madera de la misma planta y recubriendolo con estiércol de vaca. Si el enfermo curaba era porque el castaño había tenido la suficiente fuerza como para atraerse el mal. Sir James George Frazer en "La Rama Dorada" se ocupa también del tema "sin disfraz de razonamientos metafísicos ni sutilezas teológicas" y nos da a conocer interesantes ejemplos de esta manifestación médica, algunos de los cuales reproducimos nosotros pero tomados de otras fuentes.

Por lo que concierne a América es de destacar que el culto a las plantas es antiquísimo. Los peruanos veneraron al maíz y arqueólogos modernos hallaron en más de una oportunidad, entre los restos de sus desaparecidas ciudades mazorcas de oro que, al parecer, eran enterradas en los campos de la branza, como una ofrenda a otras deidades superiores y en el deseo también de que sus cosechas fueran pródigas. A los españoles no dejó de sorprender hasta la admiración los jardines botánicos que hallaron en Méjico y fueron los Cronistas primero y avezados expedicionarios luego, quienes hicieron referencia precisa a la fitolatría en esta tierra. Monardes, el famoso médico sevillano, debió gran parte de su prestigio a los informes que desde América le enviaban algunos conoedores de su flora y especialmente de las propiedades medicinales de la misma.

Los araucanos veneraron al canelo, elemento imprescindible, aún hoy, en todas las funciones de las "machis"; los quechuas y aymaras del Altiplano a la coca y a la quina, elemento medicinal este último que incorporaron a la farmacopea mo-

derna a través de una leyenda o hecho cierto que ha ganado su lugar en la historia de esta ciencia: los célebres "polvos de Chinchona" en torno a los cuales se ha entablado ahora una discusión tendiente a probar que no fué la Marquesa, sino el Marqués quien los ingirió. (25) Pequeñas puerilidades en torno a grandes descubrimientos!... Los guaraníes reverenciaron al urucú (*Buxa orellana*), a la Ipacacuana y al guaribá, "el zumo de cuya fruta encierra el veneno específico que produce en el cerebro el olvido a los lejanos lares" (25 bis) y que por supuesto ejercía sobre el espíritu del nativo un influjo terrorífico. A esta planta se unía "el árbol para treparse al cielo", rodeada por la aureola de una donosa tradición lugareña que en mucho se parece a la de la higuera ya que refiriéndose a él, cuenta la conseja guaraní "que una anciana solicitó limosna y como no la obtuviera, maldijo a la planta. Durante la noche bandadas de carpinchos se enseñorearon del árbol royéndolo de tal suerte que se desplomó con inmenso intrépito. Su caída consternó a toda la comarca circunvecina. Desde entonces los indios de la mesopotamia sudamericana carecen de escala para subir a las alturas supremas en donde se goza de una luminosa

(25) Ver: Carlos E. Paz Soldan: "La introducción de la Quina en Terapéutica". Monografías médicas "Balmis". México 1941. La leyenda "clásica" cuenta que la esposa de Don Luis Jerónimo Fernández Cabrera Bobadilla y Mendoza, alcalde hereditario de Segovia y conde de Chinchón entre sus muchos otros títulos, apenas llegada a Lima —su esposo era Virrey— enfermó de paludismo. Intentó curarla su médico de cabecera don Juan de Vega pero fracasó en su intento y como el mal iba agravándose se aceptó dar de beber a la enferma una infusión de una extraña corteza gris-marrón, quinina, que valiéndose de los oficios de un indio, había hecho llegar hasta el Palacio el Magistrado de Loja. Sanó la paciente a los pocos días y desde entonces, 1628, la quina continúa siendo el remedio insustituible para combatir la malaria.

(25 bis) Alberto Nin Frías. "El Culto al Árbol". Editorial Claridad. Buenos Aires, pág. 195.

ataraxia". (26) En el antiguo Méjico existía un añoso ciprés del cual colgaban cientos de ex-votos como ofrendas que los fieles dedicaban al árbol en gratitud y recuerdo de algún favor recibido. Herbolarios de fama, los aztecas no desconocieron las virtudes del Peyoth y supieron adorarlo como verdadera deidad y no digamos nada del tabaco, del Palo Santo y la zarzaparrilla, cuyo estudio, junto con el de las plantas arriba citadas, supone uno de los capítulos más interesantes de la botánica americana ya en el terreno de su aplicación a la medicina oficial de la época que siguió al Descubrimiento y que todavía conservaba cierto carácter teocrático heredado del "arte de curar" azteca. Carlos Pereira en su libro "*Monardes y el exotismo médico del siglo XVI*" estudia algunos aspectos salientes del asunto y a él remitimos a quienes quieran ahondar en el tema.

Cuando Carlos Darwin, en su avidez de naturalista recorrió la Patagonia no pudo ocultar su asombro y quizá también su desconcierto ante un árbol que por su altura dominaba gran extensión de la pampa y al cual los aborígenes rendían tributo, propiciando al mismo ofrendas y sacrificios de caballos en medio de una grita que ponía en evidencia la alegría de quienes parecían hacer del árbol no ya templo, como decía Plinio, sino la Divinidad misma.

En nuestra tierra —hablamos ahora del Tucumán de la gesta histórica— el culto a las plantas tampoco fué extraño, como no lo fué a ningún pueblo de cultura andina. El aborigen calchaquí veneró al Laurel (*Ruscus hypophyllum*), al Amancay (*Hieronymiella*) y al Algarrobo (*Prosapis alba*). El agradecimiento y el temor inspiraron en gran parte el cul-

(26) A. Nin Frías. Op. cit. pág. 194 y 195.

to que debió hacerse extensivo también a la mayoría de las hierbas tóxicas y en especial a la que se supone produce la "tembladera" de los animales, término éste que no sólo define un mal, sino también el lugar donde crece la hierba, ubicada leguas antes de "El Infiernillo", en las proximidades de Amacha, Departamento de Tafí. Creemos finalmente que el Chamico (*Datura ferox*) tampoco debió escapar, juntamente con el Cevil (*Piptademia macroscarpia*) a alguna forma de culto, cosa que se hizo extensiva a la coca proveniente de Bolivia, como lo muestran aún hoy las Apachetas que se levantan en los bordes de los senderos de nuestra montaña y en los cuales el nativo, casi siempre en medio de un silencio respetuoso o cuando más, susitando entre dientes una plegaria, depositaba su "acullico" como el mejor tributo que podía rendir al espíritu de la Pachamama que, para muchos, moraba entre esas piedras.

Todo cuanto decimos tiene por base supersticiones y creencias que aún perduran y algunas de las cuales, completas o fragmentariamente, hemos reunido en el afán de documentar en lo posible nuestras afirmaciones.

Así, el Laurel es morada del rayo, el ILLAPA de los quichuas y del cual posiblemente devino el culto a la serpiente. El cerrero sostiene que nada más peligroso que cobijarse bajo sus ramas en día de tormenta. A propósito de ello, debemos señalar que es característica saliente de la planta la rajadura de la corteza, motivo éste que origina la segregación de savia que, al contacto con el aire, da al tronco un color negro peculiar de lo quemado. Afirma el nativo que ello, lejos de ser originado por la causa que apuntamos, tiene su razón en los efectos destructores del fenómeno atmosférico. De boca de uno de ellos, por otra parte, hemos escuchado un relato que no sólo

prueba esta creencia, sino que define claramente el porqué de la adoración.

Decíanos el hombre que un día de tormenta, un rayo fué a caer en el trozo de un laurel y que horas más tarde, al acercarse al lugar a fin de comprobar los efectos de la descarga, sólo encontró una enorme serpiente. Este hecho fué comprobado —según nos afirmó— por varios vecinos de las inmediaciones, uno de los cuales, ajeno a los datos que ya habíamos reunido, nos hizo idéntica narración. La idea del rayo asociada a la serpiente —la descarga eléctrica se convierte en reptil al tocar un laurel— aparece aquí con caracteres nítidos y da fuerza al juicio que enunciáramos líneas arriba respecto a la veneración que se tenía al vegetal como así también a sus posibles orígenes. Ahora bien, es posible que tal adoración sólo fuera al rayo o a la serpiente y que los adornos a la planta —forma en que comunmente se exteriorizaba el culto— no significaran más que vistosas ofrendas a esas deidades, aprovechando para ello el lugar donde se creía que moraban.

De la higuera ya hemos hablado y en cuanto a la flor del Amancay, en general a la planta se la tenía como la predilecta de Pachacamac, el Dios "Vivificador del mundo" según los antiguos peruanos y llegado hasta nosotros por vías que aún la Historia no ha podido descifrar.

Tal predilección bastaba para que el culto a la deidad superior se hiciera extensivo también a nuestro lirio del valle. Su posible adoración, esfumada por el tiempo, simple supervivencia tal vez, llegó hasta nosotros convertida en respeto místico, en una forma indefinida de TABU que aún perdura en nuestros campos como una de esas tantas postreras manifestaciones de pueblos que se fueron dejando sus lares poblados de

esencias misteriosas que flotan por los aires, se ocultan en las piedras y buscan el alma de los hombres como negándose a una retirada definitiva.

A ese respeto místico por la planta se une la leyenda y vaya resumida una, para demostrar esa necesidad de poesía o forma estética que aún el hombre menos evolucionado, sin comprenderlo seguramente, siente frente a los misterios de la naturaleza y por todo aquello que venera. Cuentan las viejas de nuestras tierras que "...era un niño que alegremente pastaba a sus cabras en un día lleno de sol, hasta que sin saber cómo ni porque, revoloteó su látigo para asentar un "chicotazo" en un blanco amancay. Rodó desgajada la flor e instantes después el cielo se volvió obscuro. Todo fué penumbra porque allá en lo alto, Pachacamac enfurecido por la acción del pequeño, se había ocultado tras una nube todo plomo para castigar la maldad de quien, quizás sin quererlo, hirió de muerte a su flor más querida". Y es que arrancar la flor del Amancay, es desatar la tormenta.

En cuanto al vegetal que produce la "tembladera", poco es lo que sabemos. Hasta hay quienes dudan de su existencia suponiendo que el fenómeno que produce la muerte de los animales y por curiosa circunstancia no ataca al hombre, se debe a emanaciones de gases metalíferos, cuya existencia no se ha podido determinar hasta el presente. Lo cierto se que el nativo del lugar no deja pastar a sus rebaños por los contornos, en determinadas horas del día, suponiendo que durante las mismas es cuando obra el tóxico con resultados casi siempre fatales para las bestias que "de solo estar", caen en medio de convulsiones terribles, para expirar al rato en forma inexplicable.

T O B I A S R O S E N B E R G

En medio de esos pastizales debía morar algún espíritu maligno y ese espíritu, como todos los de la región, a los que se reviste siempre de pasiones humanas, no podía desligarse de las mismas y era así, como en ciertas horas, debía de interrumpir su sueño, despertar, sacudir su atonía y si en tales circunstancias encontraba alguna bestia, le causaba el "daño" como una advertencia para aquellos que, escépticos, habían dejado de creer en las fuerzas sobrenaturales que aún hoy rigen al mundo. De ahí la adoración: el deseo de que su sueño se prolongara y se prolongara... ¡Mantener dormida a la bestia! Una adoración basada exclusivamente en el miedo, sentimiento que dió origen no sólo a formas religiosas elementales, sino también a una serie infinita de tabús, pues es "tabú" el dejar pastar a las ovejas por esas regiones a determinadas horas del día.

Algunas de las plantas que acabamos de nombrar eran foráneas por lo que el culto debió originarse en épocas francamente históricas, si es que el mismo no llegó junto con la planta. Al señalar lo que antecede, aprovechamos la circunstancia para decir algunas palabras sobre la Coca y el Chamico. Ambos vegetales, en mayor o menor escala, son tóxicos. Tanto los efectos del uno como del otro eran conocidos por el aborigen que los aceptó como elementos indispensables dentro de su existencia. El Chamico a igual que las semillas de Cevil, es un estupefaciente que fué usado por los hechiceros a fin de hacer más intensos los efectos de sus bebidas fermentadas, posiblemente en el afán de ponerse en trance para cualquier ceremonia mágica o función médica. Su abuso originaba, en muchos casos, la locura y si tenemos en cuenta el carácter sagrado que este mal, juntamente con la epilepsia, tuvo entre

E L T R A N S P L A N T E

nuestros aborígenes, fácil nos es comprender el porqué de una probable adoración.

En lo que atañe a la Coca, podríamos repetir cuanto dejamos anotado, pero en el deseo de dar una sensación cabal de su importancia, no podemos sustraernos a la tentación de transcribir un trozo de López Albujar referente a su estima entre los indios peruanos. Dice así:

"La Coca revela verdades insospechadas, venidas de mundos desconocidos. Es la casandra de una raza vencida y doliente; es una Biblia verde de millares de hojas, en cada una de las cuales duerme un palmo de paz. La coca es la ofrenda más apreciada del Jirca, ese dios fatídico y caprichoso que en las noches sale a platicar en las cumbres andinas y a distribuir el bien y el mal entre los hombres. La coca es para el indio el sello de todos sus pactos, el auto sacramental de todas sus fiestas, el manjar de todas sus bodas, el consuelo de todos sus duelos y tristezas, el salve de todas sus alegrías, el incienso de todas sus supersticiones, el tributo de todos sus fetichismos, el remedio de todas sus enfermedades, la hostia de todos sus cultos..."

Y así llegamos al algarrobo, al "tacu" o "árbol" de nuestros aborígenes. De intento lo veníamos dejando para la parte final de este ensayo, pues en torno a la planta no sólo se ha creado un verdadero culto del cual se han ocupado ya otros investigadores, sino que su figura, erguida en las soledades de nuestros campos y de nuestros cerros, constituye aún en la actualidad el motivo generador de leyendas y supersticiones que la adornan de una aureola mística difícil de desarraigar. Nosotros mismos la hemos visto florecida y cargada de frutos, la hemos contemplado inundada de "coyuyos" y "chicha-

rras" que ensordecían con su canto anunciador de una cosecha pródiga y hemos escuchado de boca de más de un nativo la creencia de que ese canto de cigarras, pletórico de vida en los bochornos de las siestas y en los atardeceres, ayudaba a madurar las sabrosas vainas. También lo escuchó el poeta y supo llevarlo al verso: "La mágica guitarra del coyuyo, que sazona los frutos y fermenta los mostos en los cántaros". (26 bis) Pan y vino encontró nuestro hombre en el algarrobo y por eso lo llamó "tacu", árbol por antonomasia. El patay y la aloja, los dos productos benditos de su entraña, saciaron su hambre y su sed y por ello, quizá veneró a la planta que lo daba todo sin exigir nada, pues crecía agreste y ajena a cualquier cuidado. Al hombre sano brindaba alimento y, al enfermo, si era necesario le prestaba su vigor de selva. En su lucha de siglos, el algarrobo, machacando en el yunque de su propia soledad, supo robarle a la tierra reseca en la que hundía sus raíces, el secreto de ser fuerte, de saber sobreponerse a sus propios males y más de una vez, el hechicero indio buscó en la planta el remedio para sus hermanos débiles. Así fué como transplantó un cuerpo enfermo a un tronco lozano y como unió para siempre a dos seres —la planta y el hombre— en idéntico y único destino.

Pero no nos apresuremos. Hay en la práctica que enunciamos apenas, tanta poesía, tanto valor de humanidad que bien vale la pena reseñar cuanto otros pudieron ver y nosotros, por fortuna, confirmar.

El Padre Techo en sus Crónicas, nos dice que adornaban

(26 bis) Raúl Galán: "Poema". Muestra Colectiva. Ediciones "La Caspa". Tucumán.

a estos árboles con cintas multicolores y sabemos que la fiesta del Chiqui, la vieja deidad maligna de los Calchaquíes, se celebraba bajo la sombra de los mismos. La Pachamama, "madre de la tierra o de los cerros" cierto es que moraba en las Apachetas, pero cuando en forma corpórea —una mujer entrada en años a decir de Ambrosetti— abandonaba esas piedras para tributar milagros a las gentes o dar curso a sus sexuales apetitos, prefería entonces la sombra de un "tacu". Esta sola creencia pudo dar margen a una forma de culto y Adán Quiroga, al hablar de una pretendida aparición de San Francisco de las Llagas, en su "*Excursiones por Poman y Tinogasta*", dice:

"Lo cierto es que bajo el algarrobo aquel, arrepintiéronse pecadores, ardieron centenares de velas, derrocháronse credos, padres nuestros y salves por los cuatro vientos y hasta se improvisó un calvario... ¡Y esto sucedía en el año 1879!... Y es que la sangre nativa, la sangre supersticiosa del indio persiste aún y no es extraño que la misma Pachamama se aparezca otra vez haciendo milagros aún bajo el venerado tacu"...

Por su parte D. Daniel Granada en su conocida "*Reseña Histórica de las Supersticiones del Río de la Plata*", (27) comentando un informe de Samuel Lafone Quevedo destaca que "El algarrobo, árbol en el que se ahorcó Judas para ahogar sus remordimientos, fué también entre los indios de las regiones orientales de la Cordillera, planta venerada. Llámante tacu (árbol), como quien dice árbol por excelencia. Hombres y animales acuden a él en busca de grato alimento. De él hacen

(27) Op. cit. pág. 197.

aloja y la pasta a la que llaman patay. En torno a él celebran los indígenas las fiestas chiqui, presentándole las cabezas de guanacos, liebres, pumas y otros animales excepto el avestruz o suris que respetaban. Esta ceremonia era acompañada de borrachera y canto, como toda fiesta semejante entre indios, y se ha conservado hasta mediados del siglo actual. Usábanla por esos tiempos los campesinos, con el objeto de conjurar la seca y otras calamidades. Terminada la fiesta, corrían a pie una carrera cuyo premio consistía en unos muñecos "guaguas" de masa pendientes del árbol, que era la meta". Una fiesta similar se realiza aún en la actualidad en Sumamao, provincia de Santiago del Estero y la misma define con caracteres nítidos todo un rito agrícola. (28)

Hablábamos de poesía, de humanidad y es que a estos elementos, sal de la vida, inconscientemente, tampoco supo sus traerse el nativo. En todo momento, aún cuando primó el empirismo más puro, necesitó dar a su medicina y más en especial a su terapéutica, ese tono misterioso al que sólo alcanzan los iniciados. Unicamente así el remedio podía tener fuerza de convicción pues se amoldaba a las requisitorias mentales y hasta las concepciones psicológicas de quienes iban a hacer uso del mismo. Todas las cosas tenían alma y, en gran parte, la función del hechicero era llegar al alma de las cosas. Sopeaba unas y otras. Buscaba siempre el equilibrio y de haberlo logrado, quizás habría llegado a construir algo así como un mundo ideal.

El árbol era fuerte, crecía a despecho de una naturaleza

(28) Sobre el particular puede consultarse el libro de Bernardo Canal Feijoo: "La Expresión popular dramática". Universidad Nacional de Tucumán. 1943. Publicación N° 345.

E L T R A N S P L A N T E

que le era hostil. Había por el contrario hombres débiles, entecos, a quienes todo cuidado, toda medicina corriente resultaba vana. ¿Por qué entonces no buscar un término medio entre la fortaleza de la planta y la debilidad del hombre? Y eso es lo que se propuso.

La forma de lograrlo era la siguiente: Tratándose de una mujer de contextura débil, por ejemplo, el hechicero reclamaba a uno de los "dueños" de la enferma, restos de sus uñas, mechones de cabellos que a veces hasta eran arrancados junto con la piel, si era posible sangre menstrual y algún trozo de sus ropas. A la luz de una luna llena, en el filo de la madrugada, se llegaba entonces a la espesura del monte, buscaba una tacu joven y sin descuidar su ritual mágico, hacía una incisión en la planta. La ahuecaba luego y en el interior de la misma depositaba cuanto a este efecto se le había entregado. Lo cubría luego con la propia corteza del árbol y reclamando a todos los familiares de la enferma el más absoluto secreto en torno a la "cura", dábala por terminada. Nadie, excepto el hechicero, sabía cual era el árbol elegido pero transcurrían pocos días y, según la creencia, la enferma ganaba en colores, en vigor: volvíase fuerte como el algarrobo...

Mas toda felicidad no es completa. El Transplante no sólo significaba la curación. Implicaba algo más. Desde el instante en que se efectuaba, un mismo destino regía a la planta y al ser humano. Un dolor cualquiera en el cuerpo del enfermo repercutía también en el árbol, cuyas hojas entonces parecían mustiarse como queriendo morir. Y un hachazo en el tronco del tacu, era también una tentativa de partir un cuerpo humano. Arrancar una rama podría traer como resultado arrancar un brazo, una pierna. Nadie sabía cual era el árbol

TOBIAS ROSENBERG

al que se hallaba ligado y un primario y hasta lógico instinto de conservación, lo llevó a cuidar a todos. Así, posiblemente, nació la veneración al tacu y la planta agreste que nunca necesitó de cuidados, supo entonces del favor humano que es también una forma de mostrar su propio egoísmo.

Hablábamos de poesía. En todo esto hay mucho de ello. Sólo que el nativo no la escribe, prefiere vivirla...

LOS "VELORIOS" DE TIPIRO Y VILLA GIMENEZ

(Algo sobre el Culto a los muertos en Sgo. del Estero)

Ensayo de ubicación etnográfica
y folklórica

Tapiro es un lugar situado a diez y ocho kilómetros escasos de Santiago del Estero, la ciudad de Aguirre. Villa Giménez queda a treinta y un kilómetros de dicha Capital. Paraje y villa, tales son, se encuentran sobre el camino pavimentado que desde hace cortos años une a Santiago con Tucumán. Consignamos esto pues supone que ambos lugares reciben la influencia cultural diaria de centros poblados donde las corrientes migratorias han debido romper con lo tradicional y autóctono para imponer normas de vida más acordes con las tendencias civilizadoras que nos dominan. Resulta así, casi increíble ser castigo presencial de actos donde resurge cuanto el nativo, descendiente directo del aborigen,

lleva dentro como herencia ancentral. Lo cierto es que la conmemoración del "Día de las Almas" en dichos puntos, puso ante nuestros ojos un espectáculo al que nos sentimos, de primera intención, impotentes de captar en toda su magnitud y su significado. (1). Se puede decir de él —y más de uno lo habrá hecho— que resume una fiesta bárbara y pagana donde los instintos más primarios tienen su cómoda válvula de escape.

Todo puede ser criticado y con razón. Nuestra condición de hombres mentalmente evolucionados no acepta más realidad que la que impone el presente y, cuando toca al pasado, nos parece brutal, disparatado, máxime cuando se trata de manifestaciones que lindan con lo religioso. Pero no es el caso justificar nada; frente a lo que se nos presenta, apenas si intentamos comprender y para que ello sea posible, necesario es empezar por describir.

Impuesto por el cristianismo, al que el hombre de los campos santiagueños, en medio de concepciones ajenas al verdadero Dogma, rinde ferviente culto, el Primero de Noviembre exterioriza su veneración a los muertos, hasta los que hace llegar la ofrenda floral traducida en rústica corona de papel, la pobre vela de sebo y la compungida plegaria. Todo esto es humano. Más, es algo que impone contricción y respeto a la vez que nos hace meditar sobre la suerte de quienes aún erramos por la vida. Pero está fuera de nuestra órbita cuando lo que debiera ser día de recogimiento espiritual, aparentemente, se convierte en pretexto de fiesta y en causa de desenfreno.

(1) Tanto Tipiro como Villa Giménez, quedan en el trayecto de lo que fué el Antiguo Camino al Perú. Esto puede explicar la persistencia en el tiempo de algunas creencias y supersticiones.

Lo de Tipiro y Villa Giménez es típico. Quizás con relieves aún más primitivos se repite en todos los lugares poco poblados de Santiago del Estero. De Sotelo y Sotelillo, —dos lugares del mismo trayecto, pero ya en el Departamento de Río Hondo y "por la otra banda"—se nos ha dicho algo semejante y por el lado de Atamisqui —la antigua Soconcho—, Ojo de Agua, Salavina, zonas que han permanecido ajenas a influencias migratorias, eso debe ser un espectáculo extraordinario.

Cuando en las noches de los Lunes, —día consagrado por la tradición popular a los muertos— cruzando por algún camino nos encontramos con la mortecina y titilante llama de la vela que alguna mano anónima y piadosa, encendió junto a una cruz abandonada, sentimos el hormigueo del miedo avivado por toda esa serie de leyendas de "almas" que salen de sus tumbas y vagan por los senderos buscando pagar sus culpas o desfacer entuertos. ¿Qué podemos decir entonces frente a miles y miles de lenguas de fuego, iluminando un camposanto hasta corporizarlo en algo semejante a una satánica ciudad encajonada en medio de bosques de cactus, de jarilla, algarrobos y chañares, donde a través de cientos de sepulcros entreabiertos, las luces, agitadas por el viento, jueganean y hacen muecas a la luna en medio de tajantes lamentos y de risotadas infernales, matizadas también por los aullidos de los perros y el graznido de lechuzas?... En verdad, es algo que está fuera del círculo en medio del cual actuamos pero que tiene una fuerza de realidad viviente tal, que basta haberlo visto una sola vez, para no olvidarlo jamás.

El cementerio de Tipiro es propiedad privada. Su dueño es Lídoro Saavedra y hasta él recurren los comarcanos en el

duro trance de dar cristiana sepultura a un ser querido. Líder Saavedra —buen criollo, al fin— les vende un pedazo de terreno o les otorga gratuitamente el derecho de depositar al muerto, y cuatro estacas y una cruz de quebracho colorado demarcen la propiedad postertera del difunto. Así, en esta forma, una a una fueron plantándose más de cien cruces. Algunos levantaron rústicos panteones familiares, otros hicieron bóvedas y hasta no falta algún monumento.

Cuando llegamos al lugar, roto el filo de la medianoche, en cada tumba, junto a cada cruz, ardían cuatro o cinco velas y el conjunto, formado por cientos y cientos de luces, era desgarrador por lo lúgubre y por lo tétrico. Un penetrante tufo de sebo hería nuestro olfato y no sabíamos si mirar primero a los reunidos en algo semejante a un aquelarre de brujas o hechiceros que se aprestaban a realizar sus reuniones sabáticas, o si perdernos en la contemplación de toda índole de trapos que, extendidos a modo de banderas, resguardaban a las luminarias de la acción del viento.

Contrariamente a lo que se nos había informado, aquí no había beberaje ni signos visibles de próxima fiesta. Los reunidos sumaban más de un centenar —en su mayor parte mujeres y niños— y tirados en el suelo o sentados sobre las tumbas, masticando chipaco, dejaban correr el tiempo entre charloteos intrascendentes o rezos monótonos. Apoyados sobre alguna cruz, más de una pareja reía feliz del encuentro y, muy próximas a ellas, ante una tumba cualquiera, una “rezadora”, sentada sobre un banquillo de cuero, marcaba las cuentas de un rosario y susitaba un “Dios te salve María” que era repetido en coro por los deudos del muerto.

Seguían luego las “alabanzas”; el pobrecito ha sido bueno; creía en Dios, nunca “faltó” a nadie y, terminada la ceremonia, cobraba un peso por su oración piadosa, alzaba su banquito y marchaba en busca de otros dolientes.

De cuando en cuando; muy pocas veces, por cierto, alguna mujer lloraba, otra lanzaba un lamento que surgía como de un pozo, pero, en medio de todo, reinaba la calma. Eso sí, nadie respetaba a nadie. Sobre las cruces colgaban chillonas alforjas llenas de enseres domésticos y comida y, frases obscenas bailaban en los labios de los mozos que iban llegando en tren de conquista.

Villa Giménez es ya un pueblo. Resabio de la vieja aldea colonial, el cementerio está situado en el corazón del mismo; en lo que debiera ser una plaza pública; en el lugar donde antes se levantara una iglesia cuyo patio, a la antigua usanza, sirvió de enterratorio. Aquí el cementerio no es ya propiedad privada de nadie. Pertenece a la población que ejerce una especie de condominio y, por la acción de un árabe creyente, no sólo ha sido alambrado sino que también se le ha levantado un portal. Abarca más de una hectárea; las tumbas suman varios centenares y en relación al cementerio de Tipiro, es esta una necrópolis de potentados. Como tales, hacen que el “recuerdo a los difuntos”, así denominan a la celebración, adquiera proyecciones bien distintas.

Junto al portón de entrada, más de una docena de carros cargados con cajones contenido bebidas se ha estacionado desde temprano llevados por su afán de lucro. Es una puja co-

mercial como cualquier otra. Arden mecheros que por años y años debieron guardarse y, en improvisadas tarimas, viejas mujeres de pueblo pregonan sus mercaderías.

La madrugada es bochornosa, agobiante y, con voz que es un silbo, una grita:

—“Velas frescas al hielo, señor”...

Todo esto nos es extraño y hasta nos huele a burla. Pero otra mujer nos dice de su chocante realidad. A voz de cuello pregonan la esquisitez de sus empanadas e insiste, ante el que pasa, para que le compre. Pero lo que en realidad se vende, son las bebidas. En cada mano juega vacilante una botella y muchos de los que atraviesan el portón del cementerio lo hacen zigzagueando. Aquí los reunidos pasan fácilmente del millar y, el espectáculo de los sepulcros iluminados, por el número de las velas, es algo que espeluzna. La condición de los presentes, por otra parte, es también distinta a la de los reunidos en Tipiro. Allí son gentes humildes que raras veces asoman sus rostros fuera del rancho. Aquí, junto a la moza pueblerina que coqueta por “estar a la moda”, se encuentra el “señor de la ciudad” que viene por contemplar el espectáculo y también por “lo otro”. En Tipiro hay sosiego, en Villa Giménez reina el bullicio: aquí la reunión tiene sabor a fiesta.

Nos acercamos a la cruz mayor. Más de cien velas esparcidas por el suelo iluminan pálidamente los rostros casi fantasmales de quienes entonan un rezó en favor de los “muertos perdidos”. Esa oración, tanto por quienes la realizan, el lugar, la hora, tiene mucho de conmovedora pues resume la piedad anónima hacia el muerto también desconocido. Es el cristiano “recuerdo” para las “almas” que “necesitan” una oración y no tie-

nen quien la diga. Sólo así, mediante la plegaria, podrán reposar tranquilos...

Los cuadros que presenta el cementerio son paradógicos y, por ello mismo quizás, brutales.

Muchos rien, gastan chistes obscenos, un centenar de mujeres recién púberes, pasea por el camposanto como en hora de retreta, azuzando el olfato de los donjuanes de endomingadas bombachas y de pañuelo al cuello; otros de más edad, lloran abrazadas mientras en el suelo, sobre una fosa, duerme un niño...

Han pasado las primeras horas de la madrugada. Canta, a lo lejos, algún gallo y otro le responde, clarea el día pero nadie habla de volver. Todos siguen “recordando” a sus muertos, los están “velando” una vez más y eso dura hasta sol bien alto.

A los llantos y a las risas de los asistentes se une luego el gemir de las guitarras y los alardos de quienes, borrachos, abandonan el lugar y marchan por los caminos...

En medio de los niños y de los perros, junto a un corro de dolientes, Rómulo Martínez, el rezador ciego, entona una oración mientras sus dedos, puro hueso, hacen girar el Rosario. No es la suya una oración determinada. Fruto de la improvisación sabe amoldarla a cualquier circunstancia. Todo cuanto dice es creación personal. Oigámöslo:

—“Dios te salve María. La Gracia sea contigo. Bendita eres entre todas las mujeres. Amén. Jesús”.

—“Sálvanos Jesús, Padre, Hijo. Espíritu Santo. Líbranos

T O B I A S R O S E N B E R G

del Purgatorio y llévanos al Paraíso, que nos conviene. Amén. Jesús".

— "Muera el Purgatorio. Viva el Paraíso. Amén. Jesús". (2)

Cuando termina recibe el pago de los dolientes; los increpa porque no lo han sabido acompañar como el deseaba, los llama "hermanos" y pregunta por otro "interesado" hasta el que se hace conducir por su Lazarillo, sin cesar de masticar:

— "Los "hermanos" deben rezar más fuerte"...

El "velorio" de los muertos comienza con la caída de la tarde y dura toda la noche. A veces da margen a bailes y fiestas, prohibidas hoy por las autoridades pero que revelan la sobrevivencia de manifestaciones ajenas al cristianismo. Estos "velorios" o "recuerdos", no sólo tienen lugar en los cementerios. Se los efectúa también en los ranchos diseminados por los caminos. Se levanta una especie de capilla ardiente, titilan las luminarias, la familia del muerto recordado permanece toda la noche sentada en el lugar pero, eso sí, nadie intenta un rezo. El cuadro es de una profunda tristeza, de un silencio que conmueve...

Ya en el terreno descarnado de estos hechos, hemos tratado de indagar la forma de dar sepultura a los muertos. Nos pareció de interés conocer todos los detalles de sus cultos funerarios. Según referencias, antes se los traía hasta el lugar en "escaleras" o angarillas de torpe construcción. Se los sepultaba

(2) Los rezos han sido recogidos textualmente.

E L T R A N S P L A N T E

envueltos, simplemente, en una mortaja. El carro y el cajón se impusieron luego. Hasta nos dijeron también que, a veces, en medio de denuestos e impropios, se azotaba al cadáver, más bien se lo "rameaba". Esto no es extraño. La creencia en demonios y en espíritus malignos, introducidos subrepticiamente en el interior del cuerpo humano, aún tiene adeptos en los campos de Santiago y, el apaleamiento a un difunto, acto primario que encontramos en las costumbres de no pocos aborigenes, traduce quizás el deseo de arrojar a esos espíritus que, siendo inmortales a la par que corporizados "a imagen y semejanza" de hombre o animal, sufren como éstos los dolores físicos. Porque la muerte sólo puede ser producida por esos espíritus del mal, introducidos en el cuerpo merced a la acción de malvados, frecuentadores de Salamancas y conocedores de hechizos. Otras creencias primitivas también justifican el hecho. Una de ellas se vincula a la inmortalidad del alma. El muerto, muchas veces, "se hace el pesao". Al decir de la gente, no quiere abandonar los lugares que le fueron comunes en vida y, mientras su cuerpo, al parecer, cobra más peso, su alma ronda en torno a todo aquello que le es familiar. Aún así, alma y cuerpo se identifican a cada instante. Para la mentalidad primitiva, y esto es propio de toda concepción animista, el alma tiene forma, es materia, está consubstanciada con el individuo y se la golpea y se la insulta para que se aleje. Esto de la consubstancialidad entre cuerpo y alma, a la vez que la inmortalidad de la segunda, mueve al aborigen y a su sucedáneo el criollo, a prácticas curiosísimas tendientes a verificar "la muerte del muerto". Para que la muerte sea realidad irremediable, el alma debe haber abandonado para siempre al cuerpo. En tal

caso, por ejemplo, si frente al cadáver se coloca un espejo —esto dice el nativo— su imagen no se refleja. Pero no sólo eso. Si colocado el muerto sobre un catre de tientos, frente a los rayos de la luna —entiéndase bien, no del Sol— la sombra proyectada en el suelo corresponde a los tientos y no al cadáver que, por lo visto, adquiere transparencia. Estas creencias vinculadas a la relación entre alma y sombra, pertenecen a otra faz del problema pero resulta interesante consignarlas así sea de paso, pues presentan aspectos dignos de análisis, especialmente para aquellos que gustan ahondar los problemas mentales que estas concepciones traen aparejadas.

La presencia de uno o varios elementos culturales aislados, no pueden servir de índice para la reconstrucción de un estado social. En cambio, proporcionan el eslabón para el encadenamiento de manifestaciones probatorias de que en medio de ellas palpita algo más que el hecho simple, impuesto por la costumbre o la rutina. R. Azcárate, con su *"Historia de la Civilización"* dice: "La civilización prehistórica, puede reconstruirse en sus líneas generales, no sólo por sus huellas sino más que por nada, por el paralelismo que existe entre sus costumbres y las de los hombres primitivos actuales, las cuales se han estudiado".

La realización de los "velorios" presenta por ello un interés especial para los estudiosos de nuestra etnografía y nuestro folklore. Reside este interés, principalmente, en que tales velatorios se efectúan por la noche y tienen por base y razón, sobrevivencias aborígenes cuyo análisis es posible encarar, previa

separación de los elementos que lo presentan como algo formal.

Sabido es el respetuoso temor que en nosotros produce la proximidad de un cementerio en las horas de la noche. Desde niños hemos sido embuidos en las supersticiosas creencias de "almas" que salen de sus tumbas, de "buenas" o "malas" luces que se encienden y pasean por los camposantos. Eso de dormir o amanecerse en un cementerio fué siempre para nosotros cosa de seres endemoniados, viles productos de hechiceros y de brujos o, cuando más, de héroes maravillosos escapados de maravillosos cuentos infantiles.

De ahí que resulte ingenuo justificar tales "recordatorios" por razones puramente climáticas:

— "Como hace mucho calor durante el día, se prefiere la noche" . . .

Existe un por qué más profundo, una causa que se esconde muy por debajo de lo que "prima facie" parece lo lógico y, sin más pretensiones que las que anima a todo estudioso, en ella trataremos de adentrarnos.

El "velorio" o "recuerdo", tal como se practica en los lugares indicados, constituye una manifestación laica, al parecer de tinte cristiano pero separada de ella por concepciones que escapan a la percepción del profano pero no al análisis discriminativo de gente acostumbrada a esta clase de especulaciones. Estas concepciones prueban la perdurable en el tiempo, de sobrevivencias mágico-religiosas primitivas y la manera como ellas se fusionan con ritos de cultos ya evolucionados, para vivir en permanente estado de latencia, en medio de los mismos, y

exteriorizarse a través de las distintas formas del sentimiento religioso popular.

Los diversos aspectos de tales "velorios" pueden ser sistematizados escuetamente. En primer término tenemos desarrollado un culto a los muertos donde por sobre la ofrenda prepondera la oblación. La ofrenda se concreta a la corona de flores de papel y a las velas encendidas. Tiene un sentido puramente material. La oblación adquiere el carácter de sacrificio espiritual y se traduce en la permanencia en el cementerio durante toda la noche, en los lloros y en los rezos. La comida y el beberaje no son más que resabios de banquetes fúnebres, a los que se une también el baile y la celebración nocturna que señalan una verdadera religión de los antepasados, con todas las características que ella engloba. Los banquetes fúnebres se hallan más extendidos de lo que parece. No es sólo en el día de los difuntos en que resurgen como sobrevivencias de cultos desaparecidos, sino que lo encontramos en todo el noroeste argentino sin fijación de fecha. En la región Calchaquí tras el novenario que se reza a un difunto, a altas horas de la noche, se acostumbra a obsequiar, a gente reunida al efecto, con una comida donde el plato principal lo constituye el locro. Y cuando se habla de estas reunidas, que degeneran casi siempre en borracheras, se las objetiva con la siguiente frase: "Se está 'locreando' a un difunto".

Lo del baile tampoco debe sorprendernos. Es una manifestación puramente mágico-religiosa. Se baila en el deseo de identificarse con una cosa, con un animal, con una deidad. Se baila para que una aspiración se convierta en realidad viva. Hay

bailes de caza para que ésta sea propicia. El hechicero aborigen baila en torno al enfermo para atraer la buena voluntad de los dioses y expulsar a los espíritus causantes del mal. Es así, como esta expresión, hoy esencialmente coreográfica o artística, tuvo un sentido ajeno al actual y, es ese sentido el que, inconsciente o subconscientemente, sigue primando, aún a despecho de quienes ven en tales reuniones un motivo de holgorio. Se baila por un atavismo religioso que degenera en fiesta. Idéntica manifestación encontramos en los "velorios" del Angelito, cuya área de dispersión abarca toda América, dándose el caso de lugares donde el pequeño cadáver es cocido en salmuera a fin de evitar su putrefacción y tener pretexto así para continuar la fiesta. El hombre en tales casos busca acercarse a su Dios, quiere serle grato, en el caso de los "angelitos" aspira a "recomendar" al que ha "volado" y para ello baila uno, dos, hasta diez días...

Analizando el patrimonio de los pueblos primitivos nos encontramos con lo que en Culturología se ha denominado "ciclo de la azada", teniendo en cuenta para esta determinación las características tanto materiales como espirituales de los diversos grupos humanos que pueden ser englobados dentro de tal conjunto.

En este ciclo cultural denominado también "Exogámico matrilineal", la mujer ejerce marcada preponderancia en la vida económica, dedicándose, casi por entero a la agricultura. Allí

existe la religión de los antepasados, la mitología es esencialmente lunar con culto que degenera en manismo y zoantropismo, manifestándose, con persistencia, el culto al cráneo. En este ciclo se desarrolla el sentimiento musical y, en lo que se refiere a algún aspecto de la vida material, la canastería avanza técnicamente y se generaliza el uso del sistema de espiral.

Todo esto puede parecer vano pero si recordamos haber señalado que los "velorios" de Tipiro y Villa Giménez entrañan la exteriorización de un culto a los antepasados, cabe preguntarse ahora, frente a este elemento cultural, si los demás que constituyen el "ciclo de la azada" sobreviven y se encuentran en Santiago del Estero. La celebración nocturna de los velatorios, muestra la sobrevivencia de un culto lunar que, a lo que parece, fué común también en otros pueblos del noroeste argentino. Los Calchaquíes peleaban durante la noche y muchas de sus fiestas, realizadas bajo corpulentos tacus, eran iluminadas por la luna a la que debía rendirse adoración. Pero esto sólo no basta. Puede encontrarse un elemento cultural aislado, fruto de una influencia foránea, y de ahí que sea necesario buscar algo más en el campo de las supersticiones y creencias aborigenes. El folklore santiagueño, si bien de discutible autoctonía, pero riquísimo en sus diversos matices, presta a esta especulación una ayuda nada despreciable. Si ahondamos en su estudio, no podemos menos que extractar algunos de sus mitos y leyendas que, analizados, constituyen otros tantos elementos que dan a esa cultura primitiva, entrevista a través de una práctica funeraria, un sello de unidad y sirven, de paso, para su ubicación etnográfica.

La leyenda del Kakuy, la mujer y hermana convertida en ave que por los montes santiagueños clama por el hombre y hermano, ha dado margen a eruditos estudios destinados, todos ellos, a establecer un determinado momento en la historia de los pueblos que habitan ese suelo. Se ha llegado así a establecer un instante social: el momento mismo en que el incesto, más bien el amor consanguíneo, cede su lugar a una forma de unión más pura. La leyenda del Kakuy es la leyenda de dos seres, hermanos por sangre y hermanos en la diaria lucha por la existencia. Viven solos en medio de los montes. No conocen más horizontes que los quebrachos y algarrobos. Hasta el cielo les es extraño pues apenas lo perciben a través de las gigantescas copas de los árboles. Y allí, en su salvaje soledad, el hermano se enamora de la hermana; quiere hacerla su esposa. Ella no accede. Hay una tremenda lucha de pasiones y, un día, con el morir de la tarde, la mujer encaramada en lo más alto de un quebracho, abandonada por el mal hermano, se siente transformada en ave y emprende vuelo para clamar por el ausente. Se produce un desencuentro que será eterno. El matrimonio de los fundadores de la dinastía incaica, no habría de repetirse en los pueblos de América. Era esta una forma matrimonial que acababa de ser superada. Pero todo esto no es más que una interpretación magnífica y reciente de la vieja leyenda sudamericana. Quien tan poéticamente pudo realizarla (3), dejó entrever también que podría tratarse de algún mito astronómico, o más bien, de un mito lunar. Antes que él, sin

(3) Ver "Mitos Perdidos", de B. Canal Feijoo.

embargo, el naturalista Félix de Azara, al estudiar "Los pájaros del Paraguay y Río de la Plata", nos habló del canto del Kakuy para decirnos: "Es un alarido, alto, espacioso y muy melancólico, y lo repite con pausas toda la noche haciendo creer a los bobos que llora la ausencia del Sol, porque comienza cuando éste se pone y acaba cuando sale". La Luna y el Sol son hermanos, viven en un desencuentro injustificado para la mente primitiva y la necesidad de hallar un porqué a todo cuanto para ellos es una obsesión, creó el mito y tejió la leyenda. En el fondo el DRAMA no interesa. Debe irse a la IDEA: La Luna y el Sol eran hermanos; hubo rencillas y se distanciaron para siempre. Desde entonces, uno va en pos del otro, pero nunca se encuentran.

El Kakuy es ave nocturna y, aún mismo dentro de la arqueología santiagueña, estudiada por los hermanos Wagner y otras autoridades, resulta sorprendente encontrar representaciones de aves nocturnas, que trasuntan la existencia de una mitología astronómica donde la Luna prepondera y brilla.

El hombre convertido en lobo, el "Lop-garou" de los franceses, el "Lobishomen" portugués y el "Lobison" del litoral argentino, constituyen la forma típica del Licantropismo. Pero él abarca un conjunto más amplio: el zoantropismo. El hombre se convierte en bestia, actúa como tal, su constitución se transforma pero, a veces, hay un doble proceso. Por un lado la metamorfosis y por el otro la metempsicosis. En el primero de los casos, el hombre toma la forma de un animal; actúa in-

distintamente como hombre o como animal. En el segundo, sólo actúa como bestia y es que se ha producido la transmigración del alma. El alma de la bestia pasa al hombre; desde ese instante es un ser humano con alma de irracional y los instintos predatores son los que actúan.

El Zoantropismo parece ser propio de los pueblos donde el culto a la Luna se encuentra desarrollado. Quizá por ello también se lo encuentra en Santiago del Estero. Por esas tierras corre una leyenda trágica, un mito que va dejando por los campos recuerdos de sangre. Es la leyenda del Indio-tigre, la leyenda del Runa-Uturuncu. ¿Es éste un caso de metamorfosis o de metempsicosis?... ¿Deviene el hombre en animal o el animal en hombre?...

Planteada la primer pregunta, cabe señalar que los relatos recogidos de fuente popular, nos ponen frente a ambos casos. El Runa, tiene pacto con Supay, el Diablo de esas latitudes; éste lo transforma en Uturuncu, el tigre que asola los ranchos buscando saciar su sed de sangre. Captura niños, los devora y sólo puede ser contenido por otra bestia, un toro por ejemplo. Para muchos el Runa-Uturuncu es el mismo Diablo en persona y quienes ven en él al genio maligno de las religiones actuales, es decir históricas, dicen que hasta huele a azufre.

Pero el Runa-Uturuncu, también tiene forma de hombre. Es el indio con alma de tigre; es el indio que mata, que incendia, que destroza sin saber por qué ni para qué. Es que lleva dentro el alma de la bestia y resulta vano luchar contra ella. Es el segundo de los casos.

El indio se convierte en tigre, no el tigre en indio. Es el

tema clásico donde los elementos del licantropismo están patentes. No debe sorprender lo del tigre en vez del lobo. La representación de un mito se adapta siempre al ambiente y, en este caso, recoge un especimen de su fauna. Tenemos así que un ser, específicamente humano, toma la forma de animal y da rienda suelta a sus instintos sanguinarios. La importancia de estos mitos y leyendas la ha señalado Van Gennep cuando dice que formarían la transición o el punto de contacto entre las concepciones antropomórficas y zoomórficas del mundo natural.

El "Culto al cráneo" es patrimonio de muchos pueblos de América, especialmente de aquellos que parecen haber tenido su cuna en la vasta región amazónica o que soportaron su influencia directa. Tampoco es ajena a los pueblos de cultura andina. Al hablar de los indios del Chaco, Sotelo de Narváez nos dice de ellos que eran portadores de gran número de cueros de cabeza que llevaban en calidad de trofeos bélicos. Conocemos también los famosos "Uñushis" o cabezas reducidas de los indios jíbaros cuyo proceso de transformación nos diera a conocer F. U. Up de Graff. Por ello no debe sorprendernos encontrar en una provincia argentina, un culto cuya forma puede vislumbrarse claramente a través del folklore y hasta de la arqueología de la región. Conocemos la leyenda de la "Umita" (Cabecita). Sabemos que sus elementos constitutivos son los siguientes: Reducido tamaño, que está cubierta de pelos, que vaguea por los senderos durante la noche y hasta el amanecer, que su acción es bienhechora y, frente a todo ello, cabe preguntarse qué relación de dependencia existe entre este mito y el ha-

EL TRANSPALANTE

llazgo de enterratorios aborígenes donde en una urna aparece sólo la cabeza del muerto y, en otra, el resto del cuerpo. Jorge Von Hauenschild, estudioso de estas cuestiones, ha dado últimamente con varios de estos enterratorios y, a nuestro parecer, la "Umita" no es más que la sobrevivencia de un culto al cráneo, propia de un pueblo que conoció el cultivo hortelano y se rigió por un matriarcado.

Hablar del sentimiento musical del pueblo santiagueño es redundancia vana. Blanca Irurzun ha dicho alguna vez que por la campiña de su tierra cuelga su bandera la pobreza pero que la guitarra no sale del rancho. Y es verdad, al santiagueño podrá faltarle pan, abrigo, pero siempre le sobrará música. Podrá dejar sus pulmones en medio de un quebrachal pero, aún así, como manifestación postrera, en sus labios florecerá una canción. Esto no se de hoy. Tampoco le viene del español. Es herencia ancestral y, como herencia, es valiosísima fuente de estudio. Muchos secretos del alma aborigen pueden ser develados a través de la música de ese pueblo. Hay, por suerte, quienes escrután esos misterios y ellos dirán la palabra definitiva.

Y llegamos así al final de lo que no es más que un modestísimo ensayo elaborado presurosamente ante el espectáculo extraordinario de unos "velorios", cuyo sentido hemos tratado de captar. Nada diremos de la cestería de Santiago del Estero. Es

una industria doméstica todavía viviente. Conserva todos sus atributos primitivos. El procedimiento de espiral es el usado en la actualidad por quienes ofrecen el fruto de su trabajo a los ojos indiferentes del turista. Esa cestería tiene hoy sólo un valor de pobre ornamento pero, al margen de ello, sirve también para fijar y comprender el porqué de unos cultos supersticiosos que, año tras año, se renuevan en una tierra que vive, al parecer, orgullosa de su pasado.

En Santiago del Estero se desarrolló un matriarcado cuyos vestigios aún perduran. Esa fué quizá la última faz de su prehistoria. A ello se debe que no se encuentren vestigios de un culto organizado, que todo parezca exótico. En medio de ese caos, sin embargo, han quedado huellas bien marcadas y a través de los "velorios", nada más que una de ellas, hemos seguido para llegar a conclusiones, sino originales, por lo menos capaces de afianzar puntos de vista semejantes y probar que el Folklore, como especulación científica, puede ahondar allí donde la Historia no llega y servir así a esta ciencia de valioso auxiliar.

BIBLIOGRAFIA

- B. Canal Feijoo: "Mitos Perdidos". Buenos Aires. 1938.
- Perea: "Religiones Primitivas". s/f.
- Roger Caillois: "El mito y el hombre". Sur. Buenos Aires, 1939.
- G. Wundt: "Psicología de los pueblos". La España Moderna. Madrid.
- D. Granada: "Supersticiones del Río de la Plata". Montevideo, 1896.
- M Haberland: "Etnografía". Labor, 1929.
- José Imbelloni: "Epitome de Culturología". Humanoir. Buenos Aires, 1936.
- F. W. Up de Graff: "Cazadores de Cabezas del Amazonas". Espasa-Calpe. Buenos Aires.
- Denis Saurat: "Historia de las Religiones". Zig-Zag. Santiago de Chile, 1899.
- Heinz Werner: "Psicología Evolutiva". Salvat. Barcelona. 1936.
- Van Gennep: "La formación de las leyendas". Editorial Futuro. Buenos Aires.

INDICE

El Transplante	Pag. 9
Los "Velorios", etc.....	" 53
Bibliografía	" 75

TERMINOSE DE IMPRIMIR
EL DIA 14 DE MARZO DE
1947 EN LOS TALLERES
GRAFICOS DE LA "GENE-
RAL IMPRESORA".
TUCUMAN